

“Siempre hay una luz, si tan solo somos lo suficientemente
valientes para verla. Si tan solo somos lo
suficientemente valientes para convertirnos en ella”

Amanda Gorman, 1968
Poetisa y activista
Los Ángeles, California – Estados Unidos.

“Lo único que uno puede hacer es contar historias y
creer que algún día será salvado por ellas”.

Santiago Gamboa, 2016
Del libro “Volver al oscuro valle”
Bogotá, Colombia, 1965

URDIMBRES

ANTOLOGÍA LITERARIA

MUJERES VICTIMAS
NARRAN SU TERRITORIO

Jeferson Torres Guerrero
Yaneth Quiñonez Alegría
Álvaro Antonio Garrido
-Compiladores-



URDIMBRES

ANTOLOGÍA LITERARIA

MUJERES VICTIMAS
NARRAN SU TERRITORIO

Jeferson Torres Guerrero
Yaneth Quiñonez Alegría
Álvaro Antonio Garrido
-Compiladores-



BIBLIOTECA URDIMBRES

Mujeres Víctimas Narran su Territorio
Autoras varias

Edición Número 1
Marzo de 2022

Otros títulos de la biblioteca:

- Mujeres Diversas Narran su Territorio
Autoras: Varias
- Mujeres Campesinas e Indígenas Narran su Territorio
Autoras: Varias
- Mujeres Raizales Narran su Territorio
Autoras: Varias
- Mujeres Víctimas Narran su Territorio
Autoras: Varias
- Mujeres Narran la Discapacidad desde el Territorio
Autoras: varias
- Mujeres del Pacífico Narran su Territorio Autoras: Varias
- Mujeres del Caribe Narran su Territorio Autoras: Varias

Jeferson Torres Guerrero
Coordinador grupo de compilación -Biblioteca Urdimbres-Mujeres
Narran su Territorio

Ministerio de Cultura de Colombia

© 2022, Ministerio de Cultura

Angélica Mayolo Obregón, Ministra de Cultura
Luis Alberto Sevillano Boya, Director de Poblaciones
Dora Yadira Palacios Murillo, Asesora Dirección de Poblaciones
Gloria Esther Cortez Méndez, Asesora Dirección de Poblaciones

José Camilo Pimienta Arismendy, Asesor Dirección de Poblaciones

Cra. 8 # 8-55 Bogotá, D.C.
Teléfono: (601) 342 4100
Página web: Mincultura.gov.co

Diseño tapa, contratapa

Zumaya Mayers

Diagramación e ilustración de páginas internas

Gustavo Guevara

Textos de la contraportada

Gloria Esther Cortés Méndez

Corporación Cultural y Social Currulao-CORPOCURRULAO

www.corpocurrulao.org

Email: info@corpocurrulao.org

Jeferson Torres Guerrero-Presidente de CORPOCURRULAO

Casa Editorial Étnica IMAGO

+57 314 5864324 - +57 312 8439183

Email: editorialetnicaimago@gmail.com

www.editorialetnicaimago.com

Equipo compilador

Yaneth Quiñonez Alegría(Riolcan)

Álvaro Garrido

Corrección de estilo

Fernando Maclanil

ISBN LIBRO: 978-958-753-505-1

ISBN BIBLIOTECA: 978-958-753-503-7

Impreso por: Impresos Grafinorte Ltda.

Carrera 69 I # 70-12 Bogotá D.C.

Teléfono: (1) 6301699

Impreso en Colombia. Printed in Colombia

Reservados todos los derechos. Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio o tecnología, sin autorización previa y expresa del editor titular. Queda hecho el depósito legal.

Textos revisados por un par lector ciego y validados por el autor/a en estilo y redacción. Todas las opiniones y manifestaciones presentadas por las y los autores en esta publicación son de su estricta responsabilidad y no compromete la filosofía y pensamiento reflejados en comunicación intercultural del Ministerio de Cultura, Colombia, 2022

TABLA DE CONTENIDO

La diversidad como nuestra mayor riqueza, en la voz de mujeres narradoras.....	13
Narración, territorio y sanación.....	15
Urdimbre.....	17
Las mujeres narran sus palabras.....	19
Adith Silveria Lara Ponce.....	24
Bertha Mercedes Montropez.....	41
Carmenza Possu.....	48
Damaris Castro Ospino.....	52
Deyanira Peña Carabalí.....	61
Dilly Vanessa Balanta.....	86
Elba María Rosas Suaza.....	91
Epifanía Herrera.....	97
Erika Zuleima Bolaños Guerrero.....	102
Genith Potosí Erazo	109
Hilenis Salinas Gamarra.....	118
Liney del Carmen Betin Restrepo.....	127
María Eugenia Díaz Restrepo.....	130
Sindy Ruiz (Mery Lionz).....	138
Reina Matilde Pérez Cassini.....	143
Silvia Rosa Mena Urrutia.....	169
Sobeida Delgado Mina.....	176

LA DIVERSIDAD COMO NUESTRA MAYOR RIQUEZA, EN LA VOZ DE MUJERES NARRADORAS

Celebramos desde el Ministerio de Cultura y el programa MUJERES NARRAN SU TERRITORIO, la materialización de esta biblioteca como acto que confirma que LA CULTURA ES DE TODOS.

De igual manera, ratificamos en la DIVERSIDAD NUESTRA MAYOR RIQUEZA, y en la voz de las mujeres indígenas, campesinas, víctimas, raizales, con discapacidad y diversas que integran estos tomos, plasmando nuevas historias que dialogarán con las versiones anteriores: la de Caribe y Pacífico.

El PROGRAMA MUJERES NARRAN SU TERRITORIO, es una iniciativa que desde 2019 ha venido identificando y promocionando la creatividad de muchas mujeres con el propósito de documentar sus narrativas en favor de la vida, de la cultura y de la sanación de sus vidas en el territorio.

La presente BIBLIOTECA URDIMBRES —MUJERES NARRAN SU TERRITORIO— evidencia el interés del Ministerio de Cultura por hacer el rescate de expresiones literarias que guardan un vínculo estrecho y profundo con la palabra oral y escrita hasta hoy silenciada por el anonimato.

400 mujeres de 85 municipios y 18 departamentos que, en más de 2200 páginas, nos aproximan a ese origen común que nos une a todos los colombianos y colombianas, pero esta vez desde sus historias de vida.

Las realidades similares y distantes de estas mujeres, gozan de un común denominador: la cultura como motor que nos conecta, que nos moviliza y nos reactiva.

ANGÉLICA MAYOLO OBREGÓN

NARRACIÓN, TERRITORIO Y SANACIÓN

El programa -MUJERES NARRAN SU TERRITORIO- en estos escritos a continuación une y honra testimonios y ancestros en obras literarias con georreferenciación de las escritoras, visibilizando los aportes de mujeres indígenas, campesinas, víctimas, raizales, con discapacidad, diversas, del Caribe y el Pacífico; reivindicando los derechos culturales en sus territorios.

"Urdimbre" recrea la identidad viva e integra a sabedoras y portadoras de la tradición como referentes culturales y sociales, a la vez que a nuevas generaciones marcando un legado generacional. En esta biblioteca se exalta el valor de conocer, reconocer y reivindicar la voz propia de los territorios con escritoras y poetisas, con "Urdimbre" como biblioteca, se trabaja la memoria, se reconstruyen historias y transmiten saberes desde la escritura y cosmovisión propia de la mujer colombiana. Con esta versión física y digital con introducción en lengua de señas colombiana (LSC), así como relatos en lenguas nativas, reconocemos la heterogeneidad narrativa de la mujer colombiana y su aporte a la construcción de nación con las letras y formas que representan su territorio, en donde cada una transforma realidades y sana a través de la escritura, o en la prolongación de su voz transcrita para esta publicación, por sus hijos, sobrinos y parientes, al no saber leer y escribir. Las colombianas tienen mucho que contar, a través de historias vivas perpetuadas, preservadas y renovadas en el tiempo, porque narrar es para todas, invitamos a descubrir esta muestra representativa y colección de obras escogidas, que reconocen la mujer afrocolombiana, como escritora, poetisa y referente del territorio, la cultura y la identidad. Gracias mujeres narradoras del territorio por exaltar la dignidad de la palabra y en ella, *la diversidad como nuestra mayor riqueza.*

LUIS ALBERTO SEVILLANO BOYA

Director de Poblaciones
Ministerio de Cultura

URDIMBRE

Imagínense a una mujer que aprendió lo básico de la lectura y la escritura, y que tiene las uñas untadas de tierra porque hace poco llegó del campo, pero que ha guardado en su corazón un viejo sueño de escribir las cosas más tristes de su vida, pero que le han servido para ser mejor persona.

Imagínense a una mujer que es madre cabeza de hogar y que, al intentar escuchar una respuesta que la salve de la desesperanza ante el viejo espejo de su silencio, decidió escribir en una hoja en blanco las razones por las cuales quiere renunciar a sus herencias generacionales que tanto le duelen.

Imagínense a una mujer a la que los grupos armados le cambiaron el nombre por un adjetivo sangriento (desplazada) por haber exigido el respeto a la vida suya, a la de su familia, a la de sus hijos y a la de su comunidad.

Imagínense a una mujer que le declaró la guerra a su cobardía y apretó la bandera de su dignidad al defender los derechos humanos depredados por la corrupción y por la violencia de género.

Imagínense a una mujer que decidió vivir el fútbol como una puerta abierta y no como una escritura que la excluía de la alegría que se siente en una barra brava.

Imagínense a una mujer que nació con un par de palomas en su pecho, y que a diario se las viven apedreando la homofobia para que se convierta en el hombre rudo que escupe rosas y poemas.

Y finalmente, imagínense a una mujer que lleva mil mujeres adentro y que deja que una de ellas escriba por las que no alcanzaron a tomar el lápiz porque una mano afilada por la misoginia, el machismo o por el sadismo se lo impidió.

Pues bien, todas esas mujeres están reunidas en esta biblioteca que se hace infinita por las lecturas que navegarán sobre ella, y que poco a poco la irán vistiendo de lágrimas, de asombro, de

tristeza o de ese aplauso que se transmitirá como una prueba de que lo revelado aquí es el comienzo de la libertad que a todas pretende seguirles arrebatando la historia.

Al invitarlas a la presente biblioteca (compuesta por siete volúmenes) se dieron cuenta que hace mucho tiempo tenían el compromiso de escribirle una extensa carta a esa otra mujer anónima e incógnita que ya no es ella misma ante el espejo, sino aquella otra —que sí es ella— y que desde la cárcel de sus miedos necesitaba derrotar los demonios del machismo y de la violencia.

FERNANDO MACLANIL

Editor

LAS MUJERES NARRAN SUS PALABRAS

Urdimbres es el fruto de un diálogo resiliente de mujeres cuyos textos fueron escritos en momentos en los que algunas eran devoradas por las dentelladas de la violencia y el dolor, o conmovidas por el susurro de una emoción amparada en el amor y la esperanza.

Leer estas historias es como revivir rosas que un día dejaron de ser apropiadas para adornar una habitación, pues muchas fueron inspiradas en circunstancias difíciles que lentamente hundieron sus raíces en la clandestinidad de los pensamientos casi vencidos por el peso de la insensibilidad.

No hay nada más fácil que escribir la historia de otras personas, pero escribir la propia —así el recuerdo reclame caer sobre el papel sin ningún tipo de miramientos— es un reto por las cargas emocionales que pueden impedir la fluidez de la palabra, pero cuando el corazón decide tropezar con letras, puntuaciones perdidas e ideas desordenadas para parir un texto, comienza la derrota de la creencia de no haber escrito antes para los radares del mundo.

Estas Urdimbres son ventanas hechas por muchas manos que más tarde serán abiertas por los lectores y las lectoras, y que a través de ellas conocerán cómo es que el corazón de una mujer sigue palpitando a pesar de ser apuñalado por los prejuicios de género, el racismo, la muerte de un ser querido y la desaparición de quienes aún se esperan en casa; ventanas que fueron abiertas con lágrimas en los ojos y sangre en los dedos.

Reciban a estas mujeres de voces extraviadas en el anonimato, mujeres fuertes, sociales y políticas, cuyas maravillosas historias de vida se sujetarán a nuestro silencio como sujetaron sus palabras al papel.

Las ventanas, las puertas,
la voz baja, la palabra viva,
la palabra palabra...

Olga Elena Mattie

Yaneth Quiñonez Alegría
Casa Editorial Étnica Imago



A muchas de nosotras nos ha tocado forjar un nuevo lenguaje para expresar lo que hemos vivido de una manera diferente, desde una infancia con perspectivas diferentes, desde una realidad interior a otra, en unas circunstancias sociales distintas de las del hombre.

Muchas sienten que tienen que descifrar su lengua materna como “La piedra de rosetta” para descubrir el significado secreto de lo que se ha dicho de su experiencia vital. Tenemos que “hurtar el idioma” y apoderarnos de él para que diga lo que nosotras queremos decir.

Al oírnos y comunicarnos, lo que está ocurriendo con cada vez más frecuencia, lo que está ocurriendo aquí, nos estamos dando cuenta de la riqueza inexplorada de nuestro mundo interior compartido y nuestra individualidad creativa”²

¹ La piedra es una parte rota de una losa de piedra más grande. Tiene un mensaje grabado, escrito en tres tipos de escritura (llamados guiones). Fue una pista importante que ayudó a los expertos a aprender a leer jeroglíficos (un sistema de escritura que usaba imágenes como signos en el antiguo Egipto).

² Fragmento tomado de: Pizarro Rayo Águeda (1988). La poesía de la mujer, un continente sumergido. Roldanillo, Colombia: Ediciones Embalaje – Museo Rayo de dibujo, arte y grabado, pp. 4-5.

Adith Silveria Lara Ponce
Barbacoas, Nariño



Adith Silveria Lara Ponce. Nació el 9 de febrero de 1961 en Barbacoas, Nariño. Sus padres fueron José María Lara Quiñónez y Floralba Ponce Cortés. Es cultura, líder comunitaria, madre, abuela y víctima de la violencia colombiana. Vive en Villa Rica, Cauca.

La historia de mi verdadera identidad

Mi padre era hijo de indígena con un negro, y mi madre hija de un indígena con una descendiente de español; hablo de españoles porque ellos hicieron asentamientos en Barba-coas, Nariño, donde explotaban el oro y eran empresarios de la compañía minera de la época. Ellos también se aprovechaban del campesino en todas las formas, pues usaban a las mujeres en el trabajo doméstico, las preñaban y las abandonaban con sus hijos, así evadían su responsabilidad, y dejándoselas al mismo esclavizado. Por tal razón, en algunas familias usted encontraba 15 hijos negros y un rubio. En la familia de mi bisabuela, mi abuela salió rubia porque fue la mezcla con un español, y por parte suya, mi madre, hermanas y hermanos, parieron hijos de diferente color de piel y textura de cabello, por eso los vecinos hacían comentarios en secreto sobre la paternidad de los hijos.

Mi padre fue el inspector por más de 40 años en el corregimiento de Tejute, del municipio de Barbacoas. Era el personaje polifacético del pueblo: minero, escritor, humorista, cantautor, músico, poeta, carpintero, hacía ataúdes de chonta en forma de cigarro, lutier y otras innovaciones. Construía marimbas de chonta, guasás, cununos, maracas, guitarras de cuerda con crin de caballo y clavijas de madera. Fue el maestro de construcción de la última iglesia católica que se hizo en madera de chachajo, cedro.

En ese tiempo, toda esa clase de maderas utilizadas eran cortadas en fechas menguante para su mayor duración, y las torneaba empíricamente con sus manos utilizando y creando él mismo sus herramientas para darle la forma de acuerdo a la necesidad del grabado. Elaboraba sillas, comedores, cómodas, baúles, ventanas torneadas, balcones tallados a mano en forma artesanal, dándole una presentación impecable. También en tiempo de graduaciones de los colegios elaboraba los diplomas en pergamino con letras gótica, y hacía todas estas cosas sin ser estudiado. Como todo minero, era tomador y parrandero, pero muy responsable en su hogar.

Mi madre fue partera, profesión que adquirió atendiendo sus propios partos, los cuales fueron unos en casa, otros en el agua por su trabajo como minera. Mis padres tuvieron una familia numerosa, aproximadamente 30 hijos y se criaron 21, 5 mujeres y 16 varones, aunque después del parto seguía trabajando hasta cumplir el horario de trabajo por la costumbre, sin tener en cuenta que podía parar porque la mina era de su propiedad. Al final, este descuido de los partos trajo consecuencias, pues muy joven desarrolló cáncer en el útero que la mantuvo tres años en cuidados intensivos, recibiendo los tratamientos más avanzados de ese tiempo, y logró superarlo, y volvió a ser una persona activa. Recibiendo los tratamientos, vivió 27 años más.

Mis padres eran propietarios de vastas extensiones de tierra, en la cual criaban ganado, chivos, pavos, gallinas y toda clase de animales de patio que compartían con propios y extraños. También en sus predios quedaba una cascada, a la que

los turistas acudían por sus cristalinas aguas y por la belleza de sus paisajes. El lugar era el centro recreativo al que acudían instituciones, escuelas y colegios en determinadas épocas para realizar los eventos especiales.

De todo el grupo soy la hija número 18. Mis 2 primeros años los pasé en la finca donde nací, en la vereda Tejute, municipio de Barbacoas, Nariño. Cumpliendo mis tres años, mi hermana mayor se casó y el mismo día –recuerdo–, me fui con ellos hasta la edad de 7 años, cuando tuvieron su primera hija.

En una ocasión, la familia Rueda Lemos fue a recrearse en la cascada. Y mirando la cantidad de hijos de mis padres, sintieron aprecio, apego, solidaridad, y pidieron me dejaran ir con ellos al pueblo, propuesta que se aceptó. Al correr de los días, mi madre fue por mí, pero yo estaba contenta por la acogida y trato que me daba la familia. Allí me apadrinaron. Mi madrina real era una de las niñas tres años mayor que yo. Para esta familia fui una hija y hermana más, dándome toda la protección, educación y gustos que se le da a un hijo sin distinción de color de piel y status social.

Hice mi primaria en la Escuela Niño Jesús de Praga del municipio de Barbacoas, Nariño, donde tuve muchas dificultades con maestros y compañeros. Vivía en casa de una familia blanca, me decían “blanqueada”, “cocinera que comía con aceite”, pero estas burlas se convirtieron en fortalezas. En aquella época existía la discriminación racial y social, en donde un niño negro no podía convivir con una familia mestiza, porque los negros sólo eran empleados para el servicio doméstico.

Mipadrino, quien era político, Licenciado en Educación, era el dueño del Colegio Comercial de Varones Luis Irizar Salazar, el cual posteriormente pasó a ser mixto. Allí se graduaban talentosos bachilleres que con sus estudios universitarios hoy son los mejores maestros.

Desde mis 11 años quise ser diferente a las demás niñas en aquella época. Recuerdo que en una ocasión mi madrina me elaboró un vestido de baño de muchos colores de tela toalla, y me puso una pañoleta de satín colorida que compaginaba con los colores del vestido de baño. Me agradó mucho gracias a mi cabello largo y suelto, el cual combinaba muy bien con la pañoleta, y participé en desfiles escolares e intercolegiales. Yo me vestía con trajes de colores llamativos, turbantes que hacía sin que nadie me los enseñara; los decoraba con alhajas de oro, y como aretes cuchulla que me regalaban familiares y amigas. Yo misma elaboraba mis vestidos, decoraba mis sombreros y diademas.

Viví con la familia Rueda Lemos 14 años, hasta cuando murió mi padrino. En esa misma época regresé a la finca en Tejute con mi familia, gente trabajadora, honesta, solidaria, generosa y con muchos otros valores que me permitieron salir adelante. Yo vivía en la zona rural, desde allí me desplazaba a pie todos los días al colegio que quedaba a 10 kilómetros del casco urbano. En invierno se me dificultaba el desplazamiento, y por eso me mandaron a estudiar a Tumaco donde mi hermana mayor y tenía una situación económica estable.

Pero fue un accidente el que me permitió conocer las tierras “del Valle del Cauca”. Pelando un pescado en Tumaco me moché un dedo, en el helicóptero del Ejército me trajeron a Cali, y en el Hospital Departamental, tras varias cirugías, lograron salvarme el dedo. Me encontré con unas de mis hermanas que había desaparecido hacía 20 años, su nombre era Aura, a quien mi abuela la había regalado muy pequeña. Cuando la encontré ya tenía dos hijas. Ella me acogió como su hija mayor, y se encargó de todo lo que yo necesitaba: vivienda, educación y toda la responsabilidad que toma una madre soltera con sus hijas. Aura vivía en el corregimiento de Villa Rica, Cauca, el que hoy es municipio, y allí fui víctima de la discriminación por mi forma de vestir. Esto ocurrió en el año de 1976, porque era la única que en esa época vestía de colores llamativos. Mi hermana sufría mucho por eso, y me suplicaba que cambiara la forma de vestir, por eso decidí irme de ahí muchas veces por no cambiar mi identidad.

Después de un tiempo conocí mi primer novio y me aceptó como era; a él le gustaban mis atuendos afros. Cada fin de año escolar volvía Barbacoas de vacaciones y comenzaba el problema otra vez. Hoy pienso que como mi papa era descendiente de afro y mi mama era indígena, genéticamente heredé la cultura ancestral afro e indígena. Era la única joven que vestía de esa forma y llamaba mucho la atención, por lo cual fui discriminada, censurada y señalada por mi familia, padres y sociedad en general, ya que el pueblo de Barbacoas era muy religioso, y decían que mi manera de vestir era de mal agüero, de bruja y hasta de hippy, pero yo hice resistencia y defendí mi identidad.

Sin importarme los tratos, rechazos y castigos dados por allegados o no, me sentía segura de conservar esta forma de vestir, pero hoy me doy cuenta que desde ese tiempo comencé hacer víctima de la discriminación y vulnerada en mis derechos al no ser aceptada socialmente, pues no me vestía ni actuaba como las demás personas de mi época.

Tiempo después se abrieron las puertas para participar en muchos eventos, en los cuales era el centro de atención por mi belleza y trajes delicadamente combinados. Además de ello cantaba, recitaba poemas, bailaba danzas, actuaba, situación que aprovecharon empresarios y políticos de Pasto, Nariño, quienes me veían con mis trajes cuando iba a Pasto, pues me tocaba hacer diligencias. Los políticos se me acercaban para aprovecharse de mí en diferentes lugares para su conveniencia, aunque nunca hubo abuso ni falta de respeto de estas personas hacia mí.

Años después participe en una competencia atlética de la Liga del Valle debido a mi atuendo, que era un turbante con deferentes accesorios, y por eso el periódico El Tiempo me tomó una fotografía que apareció en la primera página resaltando la innovación y creatividad de mis atuendos, y decía el columnista que nunca había visto una mujer vestida de esa forma, y fue así como conocí a mi esposo José Ranulfo Preciado Landázuri, ya que él me vio en el periódico que compró, porque él fue el ganador de la competencia, y se interesó por mí y salió a buscarme, pues el periódico no decía exactamente de dónde era yo, sólo decía cosas de la Costa Pacífica y del Cauca, y para sorpresa de los dos, me encontró en Villa Rica, Cauca.

Él era un reconocido atleta; me hizo una propuesta que acepté sin pensarla dos veces, porque yo había tenido una decepción amorosa, y él se regresó a Tumaco, y desde allá me propuso matrimonio. Al mes viajé, y al día siguiente nos casamos a escondidas de nuestras familias y sabiendo muy poco de él. Tuvimos cinco hijos: Aistein, Leonard, Darwin, Robert y Adrián Adilson Preciado Lara, y un parto de gemelos que murieron. Posteriormente mi esposo abandonó el atletismo.

Mi esposo cuando era atleta, y estudio en Bogotá Meteorología e Ingeniería Pesquera en Tumaco, en la Universidad de Nariño. Hacía criaderos de peces y camarones en cautiverio. Al morir su padre, él heredó la empresa distribuidora de pan, y esta se convirtió en una empresa familiar que continuó ampliándose con tecnología de esa época. El negocio abastecía las tiendas de Tumaco y sus veredas, convirtiéndose en el proveedor mayorista de la región. Yo era madre comunitaria, pero empecé a ver anomalías e injusticias institucionales. Un día convoqué a las otras madres y empecé a liderar una organización de Madres Comunitarias. Iniciamos con 20 madres, luego de un buen trabajo social y comunitario ingresaron más de 520, y conformamos la Asociación de Madres Comunitarias con los municipios aledaños, conformando una Red municipal, departamental y nacional llamada: ASOMACOL, demostrando la capacidad de organizar y liderar procesos comunitarios sociales y políticos, y dejando el ejemplo para que otras mujeres continúen con el liderazgo.

Gracias a este trabajo tuve la oportunidad en la Comuna 5 de Tumaco, de desarrollar muchas acciones comunitarias, situación que nos abrió varias puertas para representar a la mujer negra con mis vestidos y atuendos afrodescendientes. Participé en la construcción de propuestas en beneficio de las comunidades de la región Pacífica, donde mis aportes me llevaron a ser la Tercera en la Mesa Directiva en representación de las madres comunitarias de la Costa Pacífica nariñense. También fui Constituyente en el Departamento de Nariño.

Esta organización de madres comunitarias tuvo el respaldo político de presidentes, concejales, alcaldes, diputados, gobernadores representantes y senadores como el doctor Luis Eladio Pérez, quien no cumplió con los compromisos pactados, pero eso no empañó nuestro trabajo; esto nos sirvió para continuar haciendo resistencia respaldando a otros que sí nos ayudaron a alcanzar algunos objetivos.

También participé de la inolvidable prueba de la vacuna contra el paludismo del científico Elkin Pataroyo, que se desarrolló en Tumaco en el barrio Unión Victoria de la comuna 5, donde me desempeñaba como madre comunitaria y voluntaria del SEM (Servicio de Erradicación de la Malaria) que era la empresa encargada de hacer la prevención y tratamiento contra el paludismo. Allí tomaba las muestras y las leía en el microscopio, y daba a los afectados los medicamentos. La atención en general era inmediata, y estuve también en algunos procesos que beneficiaron a la comunidad, entre ellos los proyectos del Plan Internacional, y fui vigía de salud del Hospital San Andrés. En ese tiempo se desató la epide-

mia del cólera en Tumaco, pero por mi trabajo en la salud, mi comunidad casi no se vio afectada, por lo cual pasé a ser una lideresa representativa en eventos y actos comunales. El ideólogo Isaac Rengifo —sin ser de Tumaco— vio la necesidad de construir un hospital. Su idea me motivó, convocamos otras mujeres, y formamos una asociación canalizando recursos a través de proyectos, y dimos por hecho esta obra, la cual está hasta el día de hoy.

Con mi esposo y otros líderes y lideresas de la comunidad, apoyamos muchas organizaciones de jóvenes, mujeres, adulto mayor, Juntas de acción Comunal, entre otras, lo que nos dio reconocimiento, pero también atrajo la atención de grupos al margen de la ley.

Como nuestra empresa era próspera y mi esposo muy buen trabajador, habíamos comprado ganado, carros y teníamos 5 hectáreas tierras. El día que levantaron un paro armado él salió en el carro a distribuir el pan a las veredas; recuerdo que fue un 15 de noviembre del 2000. En el barrio Unión Victoria donde vivíamos, se formó una balacera entre los grupos al margen de la ley con el Ejército y la Policía, y una bala perdida acabo con la vida de mi esposo. El miedo se apoderó de vecinos y familiares, y no hablaban por temor a perder la vida. El día del funeral algunos se me acercaron y decían que los que dispararon iban en el carro de la Policía.

El miedo a morir no me permitió denunciar el caso, y, además, los grupos al margen de la ley no dejaban hacer las denuncias correspondientes. Tiempo después me di cuenta que desapareció el

expediente de la muerte de mi esposo. A pesar de las amenazas de muerte, desaparición de líderes, lideresas, continué con mi negocio apoyada por amigos, y así como con el trabajo social, pero tres años después vinieron los paramilitares a reclutar a mis hijos, cuyas edades eran 18, 17 y 16 años, y me daban 3 o 4 horas para abandonar el pueblo. Fue cuando tuve el apoyo de familiares y amigos que facilitaron mi salida, dejando todo mi trabajo como madre comunitaria, casa, finca, negocio. Dejé atrás vecinos y amigos que hacían parte de mi familia para poder salvar mi vida, la de mis hijos, madre y sobrina. El mayor de mis hijos se fue a prestar el servicio militar para no ser reclutado en las filas de los grupos subversivos, y continué con los otros de pueblo en pueblo buscando trabajo para alimentarlos. Me desplazé a Villa Rica, Cauca, porque ahí tenía amigos y conocidos del pasado, y sobre todo buscando apoyo, pero no lo encontré porque en aquel tiempo nadie hablaba de desplazados ni víctimas.

Por la falta de oportunidades comencé a rebuscarme la vida vendiendo comidas en un puesto ambulante en veredas y pueblos vecinos, y venciendo la vergüenza, generé ingresos para sostener mi familia; además de ello, hice relaciones a través de mi liderazgo que me permitió conocer los problemas que había en las comunidades, y con sus experiencias y las mías buscábamos solución a algunas cosas. Cuando me permitían aportar en la solución, yo me sentía fuerte y viva.

En una oportunidad — y aprovechando el triunfo de Barack Obama como primer presidente negro de los Estados Unidos— innové con un médico y una abogada de Puerto

Tejada, el simulacro y celebración de su posesión. Fue un evento que le dio la vuelta al mundo por su alegría y entusiasmo desde Puerto Tejada, en donde se concentraron muchas personas de todo el país para celebrar el triunfo del presidente de nuestra etnia. Se me presentaron muchas dificultades para que mis hijos terminaran el bachillerato; primero uno y después el otro. El uniforme que dejaba el primero lo tomaba el segundo. Ambos estudiaron en un colegio acelerado que había en el pueblo. Por los traumas que me dejaron la pérdida de mi esposo, no volví a hacer vida conyugal a pesar de ser joven.

En estos 12 años de asentamiento como víctima en Villa Rica, he tenido oportunidades de hacer presencia en los eventos notables del municipio y en los aledaños con mis atuendos de colores, comidas y jugos afrodisiacos en el departamento del Cauca. También he hecho parte de eventos con la Ruta Pacífica de Mujeres.

Tiempo después me brindaron la oportunidad de hacer parte del Consejo Comunitario Territorio y Paz; desde allí empecé a integrarme y a participar en los diferentes grupos y asociaciones; en todos ellos les hablaba de mi proyecto de empresaria, lo cual me impulsó a volver a soñar, a pensar, a analizar y a buscar ideas innovadoras dentro de la gastronomía, y sobre todo a reinventar cosas que no había en el mercado. En aquella búsqueda fabriqué empanadas y arepas rellenas de mariscos y jugos tropicales afrodisiacos para no perder mi cultura ancestral, y retomé todos esos saberes y sabores culina-

rios de mi añorada Costa Pacífica a base de plátano, maíz del Cauca y los mariscos del Pacífico.

Al darme cuenta que mis clientes apetecían esas empanadas y arepas rellena de mariscos, desperté del sueño, y comencé a trabajar una propuesta que fue presentada a los mandatarios de turno, pero no tuve respuesta ni apoyo al respecto. Seguí persistiendo, y con el análisis hecho aproveché una convocatoria cerrada del Municipio y el SENA, y por cumplir los perfiles exigidos por el SENA, presenté mi proyecto innovador junto a una gran líder: Emilia Vidal, quien sistematizó el proyecto.

Por el conocimiento heredado de mi abuela y mi padre, que era un gran innovador, rescaté esa herencia, y di a conocer lo que es un legado ancestral. En ese sentido, resalto el apoyo de la Alcaldía Municipal por haber colocado el dinero junto con el SENA, para gozar de ese sueño convertido en realidad, en donde le mostré al país que pese a las dificultades vividas pude sacar adelante mis sueños respaldada por Dios y mis amigos. Asimismo, tuve a mi lado desde los más humildes hasta los grandes profesionales, por eso resalto al Dr., Daniel Atchebro, un africano de Derechos Humanos que fue solidario con este proyecto; al Notario Juan Carlos Ramos, quien me brindó asesoría. La Psicóloga Luz Obeida Mulato me orientó para tener estabilidad en la propuesta. Danny Luz Escobar, rectora del Zenón Fabio Villegas, me brindó la oportunidad de venderle los productos en el colegio al cuerpo docentes y a los estudiantes. Mi total gratitud a los docentes Ramiro Ballesteros, Gustavo Quiñónez, entrenador de fútbol, a Hilda Gallego y a Gustavo Hincapié, perso-

nas colaboradoras con sus corazones humanitarios, y que sin conocerme me apoyaron incondicionalmente. Y no podría dejar de lado a Jesús Anuar Ramos, Juan Carlos González, Diana Sierra, al administrador Edgar Orjuela Ramírez, a la psicóloga Lorena Castillo, y a otros amigos -ya que la lista se hace interminable. Sin el apoyo de todos ellos no hubiese sido posible iniciar esta propuesta.

Esta lucha de tantos años hoy es una realidad, porque gracias a Dios y a los programas de las instituciones me capacité en un proyecto con “Emprende Cultura” y sus aliados, y recibí un pequeño aporte como semilla para iniciar. Espero y confié que Las Ricuras del Pacífico —una empresa como yo le llamo— recibirá los apoyos de las diferentes instituciones gubernamentales que están prestas para hacer posible que este sueño sea una empresa innovadora y generadora de empleo para las mujeres víctimas del conflicto armado dentro y fuera del país. Este proyecto está dedicado a mis padres, hijos, a las tres mujeres que colocaron sus vientres para procrear a mis tres nietos sin tener en cuenta que mis hijos eran víctimas, y que sus hijos aparecerían en el registro único de víctimas.

He sido un ejemplo para mí misma como víctima del conflicto armado, y por eso estoy segura que quienes hemos pasado por situaciones difíciles en la guerra, somos portadores de ideas, de propuestas y de soluciones a las dificultades que muchas personas viven a diario. Hoy doy gracias a Dios por los nuevos amigos que la vida me permitió conocer y por recibir la sabiduría y la fuerza de Dios para continuar en la lucha.

Quiero demostrarle al país y al mundo, que las víctimas —a pesar de nuestro dolor y los cambios que vivimos todos los días—, somos mujeres y hombres dispuestos a hacer realidad nuestros sueños e ideales mediante el aprovechamiento de las alternativas y propuestas de diferentes instituciones: ONGS, alcaldías, departamentos, comunidad internacional, empresa privada, entes gubernamentales como la Unidad de Víctimas —que está de puertas abiertas apoyándonos—. Las víctimas somos empresarias que demostramos ganas, persistencia y capacidades para salir de la mendicidad, y no recibir cosas pequeñas, porque hoy las mujeres estamos dispuestas a hacer valer nuestros derechos otorgados por la ley para que no se pierdan los recursos que sirven para crear empresa para todas las víctimas del conflicto armado en Colombia.

Doy gracias a Dios y a las mujeres que depositaron su confianza en mí para que hoy sea la representante del enfoque diferencial de las mujeres víctimas del departamento del Cauca al ser elegida como delegada nacional y como defensora de sus derechos por el periodo 2015 al 2017, en donde hice presencia en todos los espacios, y en donde adquirí conocimiento sobre Políticas Públicas y Derechos de las mujeres víctimas del conflicto armado. Reconozco que no ha sido fácil, pero tampoco imposible, porque con el conocimiento adquirido, hoy estamos empoderadas, haciendo incidencia donde la injusticia no nos permite hacer valer nuestros derechos.

Por tal razón, presento mi historia de vida acompañada de mi empresa innovadora, la cual marcará

la historia por dejar un legado de herencia ancestral y de mujer viuda y víctima, que fue capaz de construir una empresa generadora de empleo, educación, recreación y solidaridad, y que aprovechó el tiempo libre y la hermandad para todos y todas las víctimas del conflicto armado interno, todo ello para que a través de esta oportunidad, dejen de ser discriminados por su condición, recuperando así la dignidad, y volver a hacer parte de la sociedad a la cual se le reclama justicia.

Adith Lara Ponce y su empresa “Las Ricuras del Pacífico”, será una empresa de impacto que transformará el entorno y el pensamiento a nivel nacional e internacional desde el lugar donde ha hecho asentamiento desde hace trece años, y será ejemplo de innovación empresarial que mejorará la calidad de vida de las víctimas de cualquier conflicto. A todas aquellas personas que en las diferentes esferas de la sociedad se encuentran desarrollando un espíritu emprendedor, les dejo mi historia de vida y que Dios bendiga mi familia, que hasta en los momentos más difíciles nos hemos puesto de acuerdo en las decisiones, y a trabajar arduamente en todo lo que nos ha tocado vivir.



**Bertha Mercedes
Montropez**
Barranquilla, Atlántico

Bertha Mercedes Montropez. Nació el 26 de noviembre de 1962 en Barranquilla, Atlántico. Es Licenciada en Lenguas Modernas: Español e Inglés de la Universidad del Atlántico. Actualmente labora como docente de secundaria en el área de Inglés. Participó en el Taller Literario “Las armas secretas” en el año 2017, dirigido por el poeta y escritor Luis Mallarino, en la ciudad de Barranquilla, en el cual se incubaron y nacieron mis cuentos: “El bus” y “La que se fue”, en la antología de 2020, URDIMBRES, Mujeres del Caribe narran su territorio. Posee cuentos inéditos que aspiro sean publicados para deleite del pueblo que me lee. En sus textos trata de plasmar su cotidianidad y la cotidianidad de sus coterráneos, las cuales mezcla con la ficción del mundo literario.

Es mi hijo

Leni no lo podía creer, su precioso bebé, su hijo del alma, yacía ahí sin su habitual sonrisa y sin sus sonrojadas mejillas de niño feliz. Estaba llorando, pálido, ojeroso y con un rostro marcado por el desespero de no poder respirar. La fiebre la tenía en cuarenta. Sintió que se le iba a morir.

Sin un centavo para llevar al niño a algún sitio que se lo aliviaran, pensó en Toño, su marido, quien no estaba en casa porque había salido a visitar a su mamá. Comenzó a llorar desesperada, ¡y ni un familiar a quién acudir! Estaba sola en esta ciudad. Afortunadamente, en ese momento llegó la señora Rosa, su vecina, se le abalanzó y llorando en sus brazos le contó lo que sucedía. Su vecina llamó a dos vecinas más y organizaron cómo ayudarla con el problema del niño.

Ella no tenía dinero para coger un transporte y llevar a su hijo de urgencia a un hospital de caridad, tampoco contaba con un seguro médico y el único que podía solventar este problema era Toño y no estaba ahí. Entonces la señora Rosa convidó a las otras dos vecinas para ir a buscarlo en casa de su mamá. Le recomendaron a Leni que le fuera colocando al niño paños húmedos en la frente y en las plantas de los pies mientras ellas regresaban. Se fueron a buscar al padre del niño a la dirección donde supuestamente vivía su madre.

No regresaban rápido, el niño cada vez peor y para colmo de males comenzó a llover y se fue la

energía. Leni abrazó fuertemente a su hijo y su corazón se le quiso paralizar cuando observó que su llanto se le había transformado en un ineludible quejido. Lo sintió frío entre sus brazos y mojado del sudor de la fiebre. Como pudo encendió un cabito de vela y con llanto entrecortado se puso a orar. Sus vecinas llegaron, Toño no vino con ellas.

— ¿Y Toño?

Preguntó ella con un dejo de extrañeza. Entre la luz de la penumbra que permitía la velita, los rostros de las tres vecinas se veían iracundos. Leni, con voz y manos temblorosas, volvió a preguntar:

— ¿Y Toño?

Ninguna se atrevía a hablar. Pocos segundos pasaron, pero para ella fueron una eternidad. Al fin la señora Rosa con resolución le dijo:

— ¿Toño? Te engañó. Fuimos a la casa de su mamá y en vez de la madre, nos atendió una irrespetuosa e indecente mujer que apenas preguntamos por él nos trató mal y nos dijo que a su esposo ninguna mujer que ella no conociera lo podía ir a buscar.

Me quedé petrificada cuando ella me dijo eso, pero la señora Sara (otra de las vecinas) de coraje le dijo:

— Tú no nos conoces, pero él sí, y lo vinimos a buscar porque su hijo se está muriendo.

La señora Sara no había terminado de hablar, cuando esa mujer dio un grito tan fuerte que Toño

se despertó y llegó a la sala adonde habíamos entrado. La esposa no nos dejaba hablar bien con él mientras lo insultaba y le pegaba. Él, atrapando sus embestidas nos escuchó y nos dijo: “¿Y yo que puedo hacer? No tengo dinero para enviarle, y con esta fiera ni siquiera puedo salir.”

La velita se acabó, un zigzagueante relámpago alumbró la sala y el trueno estremecedor retumbó. Después, todo quedó en silencio y a oscuras. El niño ni siquiera se quejaba ya. Las lágrimas rodaban por las mejillas de Leni, y un nudo en la garganta no la dejaba hablar. Solo sus manos temblorosas aferraban contra sí a su hijo, su niño que parecía morir.

Una de las vecinas consiguió una vela y la encendió, y en ese instante llegó la luz. La lluvia había bajado su intensidad, y Anita, la otra vecina, les dijo que ya volvía, que ella iba a resolver la situación porque no iba a dejar que esa inocente y preciosa criatura muriera por falta de atención médica. La señora Sara se fue con ella y la señora Rosa se quedó acompañando a Leni y a su bebé.

Transcurrida como media hora, regresaron las vecinas. Venían con otra mujer, delgada, joven, de rostro angelical y mirada bondadosa. La señora Anita comenzó a decir:

— Ella es Aurora. Su niño tiene seis meses igual que el tuyo, y el carnet de salud de su hijo no tiene foto, solo el nombre y la identificación de los padres. Como tu niño está tan mal, ella te va a prescribir el carnet de su hijo para que ingreses al niño a la clínica como si fuera el hijo de ella. Eso sí, apenas estabilicen a tu hijo, tienes que sacarlo de la clí-

nica para que ella no tenga problemas. Aliviada y agradecida, Leni abrazó a Aurora y le dio un sonoro beso en la mejilla, tomó el carnet y les dijo a sus vecinas:

— ¡Vamos!

Antes que se fueran para la clínica, Aurora la tomó del brazo, la miró a los ojos y con voz firme le dijo:

—Ya sabes, estabilizan al niño e inmediatamente lo sacas, ¿oíste?

Leni asintió con su cabeza al tiempo que decía:

— Sí, claro, no te preocupes. Gracias, Dios te lo pague.

Llegaron a la clínica, Leni estaba pálida y temblorosa y sintió cómo un calambre recorría sus piernas cuando con su hijo en brazos y el carnet en su mano derecha registró en urgencias al niño con el nombre y apellido del otro. Sus vecinas se quedaron afuera, no las dejaron entrar. Una enfermera, prontamente le tomó la temperatura al niño y lo hizo atender inmediatamente por el doctor de turno. El galeno recomendó a la enfermera darle un baño al bebé para bajarle la temperatura que estaba en cuarenta grados centígrados. Le dieron el baño, lo inyectaron y la fiebre bajó. Lo dejaron en observación, y a la media hora el niño convulsionó. No lo podían dejar salir así, dijo el médico. Ordenó su hospitalización. Leni aceptó. Estuvo otro rato más dentro de la clínica, pero a la hora de salida de todas las visitas la hicieron salir. Llorando, la madre pidió que la dejaran junto a su bebé, que él la necesitaba a su lado para no sentirse solito, pero nada lo-

gró. Una enfermera conmovida le dijo que ella se lo cuidaría toda la noche, que iba a estar bien atendido. Compungida, arrastrando sus pasos como si no pudiera más, salió y les contó a sus vecinas lo que había sucedido. Se fueron para la casa, la señora Anita iba tan o más angustiada que la propia madre del niño.

Tres días habían pasado ya y no le daban de alta al niño. Aurora vino y le pidió a Leni sacar al bebé porque el suyo tenía en esos días citas de control y necesitaba el carnet. Ella le suplicó que esperara siquiera un día más, pero Aurora no aceptó, le dijo que sacara al niño inmediatamente. La angustiada madre no lo pudo hacer, no determinaba esa decisión.

Al otro día, ella y la señora Anita fueron a visitar al niño y a pedir que se lo dejaran llevar, pero no lo encontraron en la habitación donde había estado esos tres días. Alarmada, preguntó por su hijo, le dijeron que lo tuvieron que meter en UCI porque había vomitado bastante sangre, que tenía problemas en los pulmoncitos. Leni se desplomó y su llanto evidenció toda la angustia reprimida. La señora Anita se agachó a su lado y le dijo:

— Tienes que sacarlo hoy, Aurora no espera más, su hijo no ha podido ser atendido porque aparece hospitalizado y me culpa a mí de ello. Además, si en la empresa del esposo se enteran, lo despiden y reportan el asunto en la Secretaría de Salud. Como pudo se levantó, buscó al médico que estaba atendiendo a su hijo y le dijo:

— Doctor, tengo que llevarme a mi niño.

El doctor severamente le dijo:

— Usted que lo saca y él se muere inmediatamente.

Ella miró a su vecina y le dijo:

— No puedo sacarlo, es mi hijo y rompió a llorar.

La señora Anita le explicó a Aurora la situación, situación que angustió más a Aurora y junto con su esposo fueron donde Leni a quitarle el carnet. Ellos lo sacarían antes que se les agravara el problema. Casi a rastras la llevaron a la clínica; no hubo poder humano ni súplicas de los vecinos que los conmovieran en ese momento. Ellos pensaban en su hijo y cómo saldría perjudicado por haber prestado su carnet.

Llegaron a la clínica, le exigieron a la pobre mujer sacar a su hijo a como diera lugar. Ella, exhausta, indefensa, con Dios en su oración, aceptó sacarlo. Entró, preguntó por su niñito y pidió ir a verlo, no se lo permitieron. La llevaron a otro lugar de la clínica donde estaba el médico que atendía a su hijo, y cuando ella llegó, el médico con rostro compungido y voz serena le informó:

—Hicimos todo lo posible, pero la bronconeumonía estaba muy avanzada, desafortunadamente su hijo acaba de fallecer.

Carmenza Possu
Villa Rica, Cauca



Carmenza Possú Vásquez. Nació el 13 de abril de 1960 en Villa Rica, Cauca. Superó el maltrato intrafamiliar y social abrazando un árbol de ciruelo. Desde entonces comprendió que tenía una sola vida y decidió dejar el cigarrillo para poder vivirla libre y buscar la paz de su alma. Con su dulzura y alegría, Carmenza da vida a las mujeres del municipio de Villa Rica, en donde es invitada a eventos sociales y culturales para que declame su hermosa poesía.

Por una gallina

Era muy niña cuando pasó este caso. Resulta que mi tía Balbina, a quién le llamaban la mona Malvina, no aceptaba la relación de mis padres porque mi padre era de los Possú, y ser de esa familia en aquel tiempo, era como ser los ricos del pueblo.

Mi madre, en cambio, era hija de una señora soltera. Para entonces era un delito tener hijos sin casarse porque para la sociedad eran los "bastardos". Mi madre fue una de tantos "bastardos" que no merecían el apellido por no estar casada.

Un día, mi madre estaba haciendo los quehaceres de la casa cuando de pronto llaman a la puerta; era mi tía con la Policía acusándola del robo de su gallina. Mi mamá lloraba y decía que no sabía nada, pero mi tía siguió acusándola. Fue esposada para ser llevada a la comisaría. Por aquellos tiempos robarse una gallina daba unos buenos años de cárcel.

Mi progenitora no dejaba de llorar y de exclamar que no lo había hecho, y cuando estábamos saliendo de casa llegó mi padre, y al ver lo que estaba sucediendo tiró el bolso al suelo y exclamó en voz alta:

— ¡Fui yo quien robé la gallina!

A mi padre lo llevaron y dejaron en libertad a mi mamá, así que a ella le tocó hacerse cargo de sus siete hijos.

Lo más triste para mi padre —y que por eso mantenía

llorando— era acordarse que mi mamá para irlo a ver, muchas veces tuvo que irse a pie de Villarrica a Santander de Quilichao por falta de plata para el pasaje.

Por eso cuando mi tía murió, en su lecho de muerte lo llamaba para que la perdonara, pero él no lo quiso hacer, no sé por qué, si él era de buen corazón. A cualquier hora del día, cantaba o recitaba alguno de los poemas que se inventaba de las cosas cotidianas o salía a cantar serenatas a quien se lo pedían sus amigos y uno que otro cliente.

Damaris Castro Ospino
Santa Catalina, Bolívar



Damaris Castro Ospino. Nacida en el municipio de Santa Catalina de Alejandría. Hija adoptiva de San Juan Nepomuceno (Bolívar) Montes de María. Licenciada en: Educación Infantil, con énfasis en Pedagogía y Recreación Ecológica. Directora del Taller Literario Jadasà.

Coordinadora del Parlamento de escritores de la ciudad de Cartagena. Ha sido tallerista en el encuentro de Mujeres Poetas de Cereté. Representó Montes de María con su Poesía Costumbrista en Ramallo (Argentina). Ha publicado en varias Antologías, con poetas nacionales e Internacionales. Miembro activo de la Corporación Literaria Cerro Maco. Compositora de algunas canciones, alusivas a la Literatura. Presentadora del programa de TV local del Municipio de San Juan Nepomuceno» Voces del Arte».

Entre la noche

Caen las hojas de los árboles
Los pétalos se despiden
besando el aire.

Las piedras a mitad de camino
esperando en silencio
otro aguacero.

El terreno resiste la indolencia del canto hipócrita
del fuego
Y la paciencia guarda su risa
mientras aprendo de la gota de agua.

He llorado
Conozco el sufrir y no acaricio su visita
Conozco bien su voz y su lenguaje
Y el soneto de las lágrimas.

Me he caído
he sido calumniada
me han juzgado
me han señalado
Todo hace parte de la vida

Amo mi Soledad

Tejo letras en sus rincones
mis ojos han visto
donde se esconde su amante.

Cuando he querido escuchar palabra que sane
Parece que aumenta la pena
Y sigo con mi lema:
Todo es parte de la vida.

Verdaderos amigos, pocos,
Pocos amores
Los hijos se van
Las horas vuelan
Los suspiros profundos
Se termina el labial
Mi sonrisa queda.

Se agita el palpitar
La luna me llama,
Le digo:
—Conozco la burla, la ofensa
Y me han criticado.

Pero en medio de la oscuridad
Miro hacia allá...
Él, me sostiene con su mano derecha.

Carta a mi dicha

No cambio la dicha de ver por las mañanas el colibrí entre las ramas del mango, no cambio la dicha de escuchar el canto de las aves desde mi ventana.

No cambio la dicha de ver florecer el bonche en los patios de mi pueblo.

No quiero fama, tal como Abisay, Benaías, grandes guerreros del ejército de David y no fueron contados entre ellos.

Mi Dios sabe lo que quiero y practico, considero que soy respetuosa y prefiero alejarme de contiendas e irreverencias, no cuestiono a nadie por sus decisiones

No cambio la dicha del abrazo de mis hijos, de escuchar música y cantar, aunque no tenga buena voz

No cambio la dicha de la sincera sonrisa de mis nietos.

Alguien me preguntó:

--¿Para qué haces vídeos?

Le respondí:

—Lo hago porque me agrada.

Te aclaro que no me gano un peso por ello y no tengo contrato con ninguno. Es mi dicha dar

a conocer el trabajo de otros, creo que allí se manifiesta el verdadero inicio de una nueva Colombia con el respeto por el otro.

—La humildad del reconocimiento de todos. —Le continúo diciendo—Aunque me gane enemistades gratuitas lo seguiré haciendo si el Universo me lo permite. No cambio la dicha de sonreírle a la vida por cada suspiro. Existen muchas estrellas en el firmamento, como también las hay en la tierra. Dios me libre de conformar un complot para apagar alguna de ellas.

Cada una tiene su propia luz, pero sobre todo la Luz del mundo es nuestro Cristo, quien hace resplandecer nuestro rostro.

¡No cambio la dicha de vivir hoy!

Los turnos del tiempo pasan cual fugaz vuelo de mariposas, lo que más deseo es que mi nombre quede escrito en el libro de la vida.

¡Gracias Dios mío por la dicha de vivir!

Soy orégano

Mi alma es libre
Para escribir lo que siento.

Soy del monte
del ocaso
del bramido
del achiote.

No le temo a los mundos
que cierran la puerta
¡Pobres!
Necesitan amarse.

Soy del humo
del estiércol
de corrales
del sombrero.

No le he pedido
nada a nadie para decir lo que soy y lo que hago.

El Dios en quien he creído
se ha encargado de todo.

No necesito vender
mis caricias
menos hipotecar mis besos.

Para esparcir el aroma de la diosa del amor
Afrodita le otorgó belleza,
el adorno de la montaña,

El orégano
Símbolo de la felicidad
Orégano soy.

Mujer del Caribe
del pueblo
del rancho
del arroyo
de la prudencia
de la gaita, porro y vallenato.

Cumbia, bullerengue
Cantos de vaquería
Pregones del mediodía
la décima y los dichos.

Soy mujer Caribe
del mochuelo
la hamaca grande
del tigre en la montaña
las totumas, el palote
el arrullo de los grillos.

Los bueyes y la tierra
el molino, el maíz
la cama de tijera...
tanto, tanto qué decir.
Sin querer terminar
A voz en cuello
digo: Soy como el orégano.

Me pintaré los labios

Las nubes se juntaron
Para despedirte,
La lumbrera mayor
Cedió el permiso.

Las almas desnudas
Empañaban las miradas,
Labios atados
Sin pronunciar quebranto.

Una distancia nos tenía tan cerca,
con un mismo dolor
Y sin poder sentir, eso tan poderoso que se llama:
¡Abrazo!

Como diría Emily Dickinson, en su poema
Ensueño: "El alma en el transporte de su sueño
Se nutre sólo de silencio y paz".

Hoy, voy a pintar mis labios de rojo
Para borrar las cenizas.

Deyanira Peña Carabalí
Buenos Aires, Cauca



Deyanira Peña Carabalí. Nació el 19 de agosto de 1973 en Buenos Aires, Cauca. Líder social, Presidenta de la Junta de Acción Comunal del Corregimiento La Balsa en el municipio de Buenos Aires, Cauca. Abogada y Maestra en Interculturalidad, Desarrollo y Paz Territorio de la Universidad Javeriana.

Resistencia de mujeres negras bonaerenses durante 20 años de vivencia del conflicto armado en Buenos Aires – Cauca²

Mujer negra, resistencia y conflicto armado: Una de las diferentes manifestaciones de invisibilización de la mujer, es no hacerla responsable de impulsar la confrontación armada y política por considerarla un ser pasivo e incapaz de mitigar o solucionar problemas, pues los prejuicios que sobre ella se tejen la incapacitan hasta para generar un conflicto; sin embargo, es víctima de la guerra y de sus consecuencias en un alto porcentaje, al punto que los beneficios del fin de un conflicto le llegan de manera tardía, debido a la creencia irracional de que las heridas emocionales no son importantes respecto a las de la piel, y que las emocionales “son asunto de mujeres”, pero a pesar de ello resisten y se involucran en las dinámicas de reconstrucción social mediante su resiliencia y resistencia para que la vida continúe. Al respecto, la demarcación entre el hombre y la mujer determinó la posición del dominador sobre la dominada, y aunque *“el número uno es por naturaleza indestronable por el dos, el puesto del ganador siempre será transitorio”* paráfrasis de la reflexión expuesta en uno de los poemas del escritor nortecaucano Fernando Maclanil titulado: *Errante sin miedo*, del libro *20 amigos un hermano*. Es por esto que la prepotencia de la intencionalidad cartesiana en las relaciones se impuso, dejando un resguero de racionalizaciones que deshumanizaron las capacidades de la mujer respecto a las del hombre.

²Video de sustentación https://www.facebook.com/watch/live/?ref=watch_permalink&v=386661969592778

Así mismo acontece en los procesos de reconciliación. La guerra es un asunto de hombres, mientras la paz, que en su más profundo sentido es el retorno a la protección de la vida — característica propia de la mujer — continúa siendo un asunto de hombres que finalmente caen en la repetición del conflicto. Esa falta de inclusión en los proyectos de reconciliación es lo que ha devaluado su valor mientras se desarrollan los conflictos, menosprecio del cual deriva la inhumanidad de actores armados hacia ella.

Dado lo anterior, la mujer en escenarios de conflicto armado es instrumentalizada e invisibilizada, sea como víctima o sea como agente activo en la reconciliación ante las atrocidades de la guerra. Actores armados e instituciones conservan entre líneas los rasgos del patriarcado y del racismo que conllevan a reproducir la instrumentalización e invisibilización de la mujer y aún más de la mujer negra. No obstante, el conflicto armado ha llevado a las mujeres a asumir nuevos roles, dejando su papel de víctima y pasando a tener una participación más activa en el conflicto.

En este sentido, la historia de occidente, construida como una expresión de designios divinos y filosóficos a favor del hombre como dominador de la mujer, extendió esta condición a todo lo que "descubrió" a todo lo que "civilizó" y a todo lo que "cristianizó", generando otras sub categorías de dominación que afectaron a la mujer en doble vía: por su género y por su etnia.

Al referirse a la etnia, indica que el ser africano en el Nuevo Mundo ubicó a los secuestrados en la base de la pirámide social, y a las mujeres las colocó debajo de dicha pirámide por su propia condición femenina. Lo anterior expone que la mujer desde este lugar so-

brevive por ser resiliente, aspecto que la lleva a desarrollar una resistencia creativa, y a pesar de una historia que la interpreta como un ser misterioso e incapaz de llevar a cabo cambios y transformaciones científicas, políticas y sociales, siendo reducida a adorno estético para el ego del hombre y a botín de guerra.

La mujer asume una resistencia creativa, no reactiva ante los actores armados, y que no concordaba con las razones de su lucha armada, las cuales se convirtieron en actos sexuales no consensuados, dejando heridas profundas como culpabilidad y vergüenza en ellas.

El papel de la mujer en estas lides sociales y políticas ha sido crucial por su creatividad a la hora de satisfacer necesidades básicas dentro y fuera del hogar, conducta que las han impulsado a ser imprescindibles en todos los procesos implementados en el territorio. Esta condición la ratifica Erazo, Jiménez y López (2014), cuando expone que las mujeres han ganado espacios importantes, y las mujeres afrocolombianas desde sus saberes y experiencias, los convierten en contextos en los que se promueve la participación y el fortalecimiento de la identidad.

Las mujeres negras en la época de la esclavización practicaron un cimarronaje de resistencia cultural con sus amos, pues en sus casas tuvieron dominio sobre ellos por medio de su conocimiento espiritual y botánico, por lo cual fueron señaladas como brujas hasta ser juzgadas y asesinadas por la inquisición. De otra parte, las mujeres en sus formas de estar en el territorio son representadas por saberes relacionados con la salud, la crianza y la socialización.

La mujer negra continúa siendo invisibilizada a pesar de su valentía y de sus vidas perdidas en la lucha. Prevale la resistencia por la defensa de los derechos a pesar de las amenazas, los desplazamientos. Las mujeres negras reclaman los derechos territoriales al lado de los hombres, situación que ocasiona para algunas la violencia por parte de sus compañeros que se oponen a su participación en estos procesos.

Las formas de resistencias de las mujeres negras bonaerenses ante 20 años de vivencias del conflicto armado:

A partir de lo anterior se adentra en la reflexión en torno a las vivencias de la mujer negra bonaerense entre el conflicto armado y sus formas de resistencia. Como apertura a esta reflexión se trae a colación el poema de Fernando Maclanil (2021), dedicado a Claudia Andrea Gómez Torres, mujer negra bonaerense y lideresa en su territorio, exiliada en Canadá por amenazas de grupos paramilitares.

MUJER NEGRA

*Le arrancaron a mordiscos la tierra que trajo en
sus uñas, y armaron sombrillas con su cabello
y su piel al mediodía.*

*Sus senos, siempre miraron de frente al violador,
y hoy son la prueba de su puño herido pero firme.*

*Fue dueña de la limpieza y no del palacio.
Dueña del deber y no del derecho,
de la enfermedad y no de su cuerpo.*

*Nunca pudo levantar el vuelo con las prestadas
alas de las iglesias.
Y siempre llegó tarde, aunque llegara primero.*

*Por muchos años creyó protestar con su cobardía,
con su obediencia tatuada en los perros de la decencia,
y apagó el relámpago de sus dudas para evitar ataques.*

*La escuela fue una ofensa, su llanto una calumnia,
y una falla su particularidad física.*

*Hasta que un día descubrió que su piel oscura
es la única que pasea a la noche en pleno día.*

*Y desde entonces se salió de la fila,
arrebató su antorcha y mostró sus dientes.*

Poema del libro Reserva del sumario, 2020.

Este poema retrata las vivencias no solo de las mujeres negras bonaerenses sino las de miles que sufren los flagelos de la guerra, ante lo cual la fuerza de su espíritu les permite resistir en pie de lucha.

Las resistencias de las mujeres negra bonaerenses. de la invisibilidad a la visibilidad.

Se acabó la tranquilidad: formas de resistencia desde el engaño: Este relato recoge el tiempo vivido durante la incursión paramilitar del Bloque Calima en Buenos Aires, Cauca. Este tiempo se caracterizó por dos movimientos “de la montaña al plan” y “de la calle a la cocina”. En el primer caso, “En ese entonces uno creía que el conflicto estaba lejos, que estaba en la montaña, pero nos llegó... se desplazó de la montaña a lo plano”. Se puede decir que este es un primer movimiento, aparecen en las calles “fingiéndose ser vendedores” “y en otros puntos, lista en mano preguntando por los hombres en el parque”.

En un segundo movimiento, ya estando presentes en las calles, entran a las casas, a la sala, a la cocina y al baño. En la sala ven televisión, en la cocina destapan las ollas buscando que comer, y en el baño espían a las mujeres mientras se bañan. La amenaza a la integridad y a la vida ingresa desde la puerta de la calle hasta el patio. “En pocas palabras, uno fue el esclavo de los paramilitares... las bajaban de la cama, nos ponían a que les cocináramos... ellos cogieron la casa y nos tuvimos que ir, se tomaron la casa y la dejaron para ellos. Esto lo hacían en todas las casas”.

Así, que una vez se instalan en las casas, convierten a las mujeres en sus cocineras y en sus “mujeres a las buenas o a las malas”, el abuso sexual, el acoso, las obligación incluso a convivir y tener sus hijos, al punto de ser desechadas como cuerpos sin vida en el río Cau-

ca. Tan profundo fue el control sobre las vidas de las mujeres, que no fue suficiente con el sometimiento de los cuerpos, pues "hasta nos prohibieron nuestra espiritualidad, sin embargo, nosotros seguimos asistiendo a la iglesia, orando" (Mujeres, grupo focal, 2021).

En esta vivencia de las violencias, especialmente sexuales, se convierte en una de las principales formas de dominio de los actores armados del conflicto; las mujeres negras bonaerenses configuran formas de resistencia denominadas de "Aguante", coinciden en que "tocó aguantarse lo más que se pudo". Estas se caracterizaron por las formas ocultamiento ante el miedo a la pérdida de la vida, de la dignidad del cuerpo y vida de las hijas mujeres y del reclutamiento forzoso de los hijos hombres. Las formas de la resistencia ante el "miedo profundo" fue el silencio acompañado de la sumisión como engaño para sobrevivir al terror de la guerra. Se engaña igualmente con la seducción de los cuerpos, un aspecto no común a todas las mujeres, pero importante de mencionar. *"Me tocó bailar con uno de ellos, yo tenía mucho miedo, pero tenía que proteger a mi familia"* (Eliya, comunicado personal, 2021).

Estas formas de resistencia llegan a su punto de quiebre cuando dejan de ser suficientes ante los atropellos, las amenazas, las violencias de los actores armados. El quiebre es desencadenado por la pérdida de vida de hijos e hijas, y cuando ya no se logra proteger a los hijos del reclutamiento o la muerte, ni a las hijas del abuso sexual.

"Claro, me desplazé a Suarez por un intento de violación de mis hijas pequeñas. Una persona a mí me dijo "saque las niñas" porque van a intentar cogerlas a la brava. Eso fue en el 2001. Ellos llegaron en noviembre del 2000 y eso

fue en el 2001” (Yessica, comunicación personal, 2021).

La propia vida de la mujer negra bonaerense se “aguanta”, pero no así, la vida de sus hijas e hijos, “Nos dijeron, vean, andan buscando para matarlas, vemos unos paras que van para la casa, con todo y eso hacíamos resistencia” (Mujeres grupo focal, 2021).

Dado lo anterior, a modo de síntesis, la mujer negra bonaerense no solamente vive el secuestro del cuerpo, sino también su vida espiritual. Lucha por sobrevivir a través del aguante con el silencio, la sumisión y la seducción como engaño para cuidar a sus hijos e hijas, pero cuando esta forma de resistir deja de generar protección porque se pierden la integridad y las vidas de sus hijas e hijos, cambia la forma de resistir. Esta vivencia recreada en la narrativa de las mujeres negras bonaerenses deja entrever en la forma de resistir de aguante la fuerza de su herencia cultural, la mujer como figura central en la familia. La mujer protectora de sus hijos e hijas. Igualmente, es una forma de resistencia pasiva, y no por ello inactiva, pues hay todo un despliegue de actividades para proteger la vida en aguante a través del silencio, la sumisión, la seducción como engaño.

Nos mataron, nos desplazaron: formas de resistencia, la ligazón territorial continua: Este relato recoge el tiempo vivido durante los desplazamientos ocasionados a partir de la incursión paramilitar del Bloque Calima en Buenos Aires.

Este tiempo se caracterizó por dos movimientos “nos desplazaron” y “retornamos a nuestro territorio”. En este segundo tiempo “del territorio propio y

de los territorios distantes, pero conocidos porque está allí la familia” se da un desplazamiento intermitente a Cali, Bogotá y Buenos Aires (cabecera municipal). El desplazamiento es horrible, “hay mucha violencia en Aguablanca Cali, todos los días con ese temor, yo prefiero mi territorio”. El desplazamiento es una especie de prolongación de nuestro territorio, porque fuimos a donde familiares que están en Cali, Bogotá y Buenos Aires (cabecera municipal), y desde allí vamos y venimos durante un tiempo “porque el territorio no se puede abandonar” “Asesinaron a mi marido, estuve amenazada, 6 años fuera del territorio, viviendo en Santander de Quilichao. Me desplace a Santander de Quilichao. Sentí miedo, temor las emociones fueron muchas, no había tranquilidad, zozobra” (Uvaldina, comunicado personal, 2021).

En este tiempo, las formas de resistencia que se configuran se denominan de “ligazón territorial continua” con el territorio vivido y propio, ya que las mujeres negras bonaerenses están en continua relación con el territorio de dos formas: una, es la prolongación del territorio, ya que al desplazarse van a lugares donde hay familiares, así el vínculo con el territorio continúa. Y dos, a pesar del tiempo del desplazamiento, se va al territorio, no se pierde del todo la presencia en el territorio, al cual siempre se buscó regresar.

Para este segundo tiempo vivido en vínculo con el primero, el quiebre de las formas de resistencia de “Aguante” da paso a las formas denominadas de “ligazón”. Esta representa la prolongación del vínculo con el territorio, sea de forma simbólica y afectiva a través de la relación con la familia en otros territorios, sea de forma presencial, al estar tiempos breves en el territorio propio. La mujer negra bonaerense ha tenido un profundo sentimiento de añoranza

y de dolor por el territorio propio, en su corazón siempre tuvo la esperanza de volver, aunque sus vidas fueran amenazadas y estén en continuo peligro.

"Yo regresé... de manera intermitente, como midiendo los pasos, la zona a ver qué tan viable o qué tan seguro era regresar. Pero muchas cosas no se pueden volver a hacer y muchos sitios no se pueden visitar, de todas maneras"
(Uvaldina, comunicación personal, 2021).

Al igual que en el relato del primer tiempo, el punto de quiebre se hace presente, esta forma de resistencia llega a su punto crítico cuando se impone la apremiante necesidad de vivir en el territorio, nuevamente se reitera que el sentido de esta vida pasa por la protección de la vida y para el cuidado de los hijos y las hijas en el propio territorio, y por el derecho al territorio. Así, el desplazamiento se da para proteger la vida, y se retorna para dar continuidad a la vida conocida, a la vida cotidiana, a la vida con sentido cargada de los significados del territorio propio y vivido y en clave de la defensa de los derechos.

"Nuestro territorio para criar a nuestros hijos, más sano, la ciudad es muy violenta"(Yessica, comunicado personal, 2021)

"Mi territorio, mi vida, aquí me quedo porque aquí nací y aquí moriré"(Nelly, comunicado personal, 2021).

En mi caso, la desaparición forzosa de mi hermano, mataron a mi mamá y mi padrastro, me desplazaron... luego, regreso a la comunidad ha vincularme al consejo comunitario y a las mujeres trascendiendo para el acompañamiento territorial y el asesoramiento de los procesos comunitarios... regreso para sanar heridas con el acompañamiento

jurídicos a las mujeres víctimas y maltratas en las organizaciones defensoras de derechos humanos (Bernarda, comunicado personal, 2021).

Ahora, el punto de quiebre de una forma de resistencia, no quiere decir que se abandone, se reconfigura. "estar por fuera nos permite ver de formas distintas lo que pasa para así decidir cómo actuar" "nunca se pierde el vínculo con el territorio porque el territorio es nuestra vida" (Nelly, comunicado personal, 2021).

A modo de síntesis, la vivencia del desplazamiento surte un efecto de reafirmación con el vínculo con el territorio, y que dialoga con asuntos de identidad de la mujer negra como protectora de la vida y de su autonomía al ejercicio de los derechos por una vida digna. Además, se potencia la creatividad para dar continuidad a la relación con el territorio, se identifica este rasgo creativo de la resistencia de las comunidades negras y sus mujeres.

Volvimos para quedarnos: formas de resistencia, juntanzas para romper silencios: En este relato se recoge un tercer tiempo vivido durante el retorno permanente al territorio. Concluye el ir y venir entre el territorio propio y vivido y los territorios familiares extendidos. De tal forma, este tercer tiempo, se caracterizó por dos movimientos vitales en la configuración de las formas de resistencia de las mujeres negras bonaerenses: "romper el silencio" y "luchar por el reconocimiento. Supone el primero, hacer frente al miedo, pues las mujeres reconocen que las pueden matar por lo que hacen en el territorio, pero lo importante es recuperar las voces, sanar las heridas ocasionadas por las violencias del conflicto armado.

En este sentido, las mujeres negras bonaerenses se fortalecen juntas, se organizan, se forman a tra-

vés de diversos procesos realizados en el territorio.

“Práctica de resistencia enfrentándolos y dejando el temor de lado, fortaleciendo los procesos, en compañía de los líderes de la comunidad, realizamos juntanza con la comunidad para defendernos de los malos: he participado en la elaboración PRC plan de rehabilitación comunitaria donde los jóvenes niños y adultos estén construyendo acciones de fortalecimiento” (Yulina, comunicado personal, 2021)

A medida que se van organizando se rompen los silencio, así se inicia otra forma de resistencia, una que conduce a iniciar el camino de la sanación. Se inicia la sanación cuando se habla de las vivencias entre las mujeres, aunque muchas mujeres no quieren hablar porque sienten vergüenza, sea porque tuvieron un hijo/a con los actores armados, sea porque se dio una convivencia y generan un vínculo afectivo.

La gente se sentía victimaría, se sentía culpable. Emprendimos una labor muy fuerte con las mujeres. Explicarle a la mujer por qué era víctima y que su cuerpo era un territorio sagrado. Muchas decían: yo estuve con él porque quise. Toco explicarles que en las dinámicas de la guerra te obligan para meterte con un actor armado por la presión tan fuerte que sentían de que como decían ellos “si a mi me gusta una mujer, me la llevo y ya... o le asesino a su familia sino lo hacen.” Algunas tuvieron hijos con ellos y sentían mucha vergüenza (Nelly, comunicado personal, 2021).

Se inicia un proceso de reconocimiento sobre haber sido forzadas dada la presión del miedo. Una vez se gana en hacer visible ante sí mismas los horrores de la guerra vividos en el cuerpo, en los hijos o hijas nacidos de las relaciones con los actores armados,

empieza otra etapa en la lucha, siendo este el reconocimiento como víctimas del conflicto armado, la lucha por la reparación implica reconocerse como víctima. Se empieza por recuperar el cuerpo como territorio y el territorio vivido para ser protegido.

La práctica de resistencia que se dio con patrones de defensa como el fortalecimiento de acciones afirmativas para defender la vida y la honra de las mujeres y sus cuerpos que como territorio se ama y se defiende... evitar que se reclutaran a los jóvenes y que las mujeres no se involucraran sentimentalmente con estos sujetos, jugando un rol de defender a la comunidad, la humildad y la inmersión en la comunidad (Yessica, comunicado personal, 2021).

Así, la sanación y el reconocimiento se logra en el colectivo de mujeres, este se constituye en las características principales de otra forma de resistencia denominada "juntanzas" que representa la unión entre las mujeres, que, con el desplazamiento y posterior retorno, se hizo más fuerte. Se inicia el desarrollo de formas organizativas como fundaciones, la participación en programas, las capacitaciones. La educación, el formarse se vuelve un aspecto muy valorado en este tiempo. El fortalecimiento de las organizaciones, como la guardia cimarrona.

La guardia cimarrona juega un papel importante en varios escenarios; cuidamos la vida del territorio, son amigables componedores, acompañamos los procesos y los líderes, esta guardia en su gran mayoría son mujeres y conserva la tradición ancestral en el territorio. La mujer es encargada de hacer que la cultura se mantenga humana, y promover organizaciones del territorio en diferentes escenarios (Gloria, comunicado personal, 2021)

La mayoría de las mujeres que siendo en su mayoría madres cabeza de familia, solteras, y teniendo en común la vivencia del desplazamiento forzado, han retornado y jugado un papel importante en las decisiones para defender el territorio. El desarraigado las hizo ser más fuerte para llegar a fortalecer con su liderazgo: la protección de la familia y la conformación de organizaciones, avanzaron con acciones afirmativas, todo por medio de las "juntanzas" de organizaciones de mujeres para la salvaguarda de la vida.

Regresé a los dos años al territorio con acciones concreta para salvaguardar mi familia su familia y el territorio, las mujeres son más comprometidas en el proceso por la responsabilidad en la participación política las mujeres hemos mejorados, como las mujeres pensamos diferentes a los hombres por nuestra cosmovisión y la forma de conservación de lo ancestralidad(Gloria, comunicado personal, 2021).

En este tercer tiempo, estas formas de resistencia se constituyen en el germen de la lucha por el reconocimiento político de la mujer negra bonaerense en sus formas de gobierno.

Me tocó volver y ser valiente y regresé en medio del conflicto, aprendí a ser fuerte, hay que organizarse, hablar con la gente, recoger los muertos, hablar con los jóvenes, algunas mujeres, fundadora de renacer, aprendimos como las águilas, organizaciones nos ayudaron a sanar... En los procesos organizativos la mayoría somos mujeres, y tenemos uno muy importante: el informe a la JEP, CV, la medida cautelar (Nelly, comunicado personal, 2021).

En síntesis, las mujeres juntas sanan, luchan por el reconocimiento y construyen organizaciones, siendo

un punto en común el mundo vivido ante los terrores de la guerra. La forman de resistencia “Juntanzas”, se constituyen en maneras de construir el bienestar propio, sería el bienestar propio identificado con las formas de estar en el territorio en correspondencia en este caso con la socialización entre mujeres y su rol ante la protección de la familia y la defensa del territorio.

Movernos a ser elegidas: formas de resistencia, lugar político de la mujer negra bonaerense: En este relato final, se recoge un cuarto tiempo vivido, que representa el momento actual. El principal desafío es la conquista de las mujeres negras bonaerenses en sus estructuras políticas y de gobierno propio, en especial en los consejos comunitarios de los que hacen parte, y en menor proporción en espacios oficiales gubernamentales.

Este cuarto tiempo vivido se ha caracterizado por dos movimientos vitales en la configuración de los lugares de enunciación de las mujeres negras bonaerenses: uno, la lucha por el lugar político; y dos, la declaratoria del río Cauca como sujeto de derecho, dados los sentidos que congrega en torno a la vida espiritual de las comunidades negras del territorio.

De acuerdo con lo anterior, en lo que toca con el lugar político, la mujer negra sigue subordinada a los hombres que tienen los lugares de poder, pero son ellas quienes hacen las tareas *“Las mujeres hacemos las tareas que a los hombres no les gusta, por ejemplo, escribir, organizar”* (Eliya, comunicado personal, 2021).

A nivel comunitario las mujeres son las que más participan en todo. Si se programa una reunión, si se programa una jornada de trabajo, si hay que ir, siem-

pre el 80 o 90% son mujeres. A nivel cultural también, si no que la mayor participación... en cambio en lo político no ocurre lo mismo (Uvaldina, 2021, comunicación personal, 28 de mayo de 2021).

De esta manera se crean otras formas de resistencia asociada al “lugar político de la mujer negra bonaerense”. Las mujeres reconocen las estructuras del machismo estructural que ha obstaculizado directa e indirectamente su participación en los escenarios políticos, este rasgo de patriarcado aún afecta la participación en la toma de decisiones en espacios de poder como los Consejos Comunitarios en el contexto.

La verdad hemos tenido que ser aguerridas y luchadoras para poder ser sujetas activas en la toma de decisiones porque siempre se siente el machismo y seguimos proponiendo acciones, si no es para nosotros, en el futuro esa rivalidad será vista. Se está trabajando para que la próxima representante del consejo comunitario sea una mujer (Yessica, comunicación personal, 2021)

Las mujeres negras bonaerenses son capaces de liderar procesos, fuerza que proviene de haber sido resilientes ante las violencias sexuales y ante el estado de viudez ocasionada por el conflicto armado. Además, cuentan con la capacidad de dirigir y de proteger el territorio y la vida desde las tradiciones ancestrales y la identidad en toda su expresión. Aún hoy, el machismo invisibiliza estas capacidades.

Una de estas formas de invisibilización es limitando la participación política de la mujer en los Consejos Comunitarios, aún por las mujeres mismas que reproducen el machismo en su cotidianidad.

Muy débil, la verdad la participación a nivel político-electoral, tenemos un reto grande y es reconocer esa unión de género que nos debería unir, porque desafortunadamente a veces se encuentra más apoyo en el género masculino que en el mismo género femenino. Desafortunadamente cuando una mujer se postula o busca apoyo en otras mujeres para presentarse a cargos de elección popular, son esas mismas mujeres las que niegan el apoyo o rechazan a esa mujer y son esas mismas mujeres que empiezan a discriminar o a denigrar de sus capacidades para ejercer tal papel o desempeñar tal rol, entonces ahí tenemos un reto inmenso (Uvaldina, 2021, comunicación personal, 28 de mayo de 2021).

La lucha por el lugar político de la mujer es el desafío actual de las formas de resistencia. El *"reto es erradicar la violencia que empieza de la institución de nuestro territorio, es buscar cómo las mujeres lleguen al poder para ser la primera autoridad del municipio"* (Nelly, comunicado personal, 2021).

Por otra parte, en la lucha por lo declaratorio de derechos se encuentra el río Cauca, se apuesta a declararlo como un sujeto de derechos. Dado su lugar en la vida espiritual de las comunidades negras.

El río es víctima porque tuvo que recibir en su vientre todos esos cuerpos desmembrados, escuchar todos esos gritos de terror a cada una de las personas que iban a asesinar y tirar de los puentes, tuvo que albergar también todo ese dolor de cada madre, gritando por su orillas pidiendo encontrar a sus hijos, entonces para nosotros el río está vivo, y el río es víctima. Es una apuesta muy importante declararlo como sujeto de reparación colectiva. En este proceso estamos cambiando la concepción que teníamos de río, hoy hacemos paseos de olla, hacemos canotajes y

*balsadas precisametne en ese acto de reconcialia-
ción con el río* (Nelly, comunicado personal, 2021).

Se observa que al regresar al territorio, se afianza la vida espiritual desde la tradición de la cultura de la comunidad negra. *“Me desplazé, pero cuando regreso es para hacerle resistencia al conflicto con mis actividades de saberes y tradiciones ancestrales”* (Kisis, comunicado personal, 2021). La resistencia también se da en clave con la espiritualidad y la ancestralidad.

Recuperar los espacios y construcción de viveros para recuperar plantas nativas del territorio, especialmente las medicinales, con esto me ayudo a resistir en el territorio, se puede recuperar la medicina tradicional, esto da resistencia para como mujer negra seguir en pervivencia (Gloria, comunicado personal, 2021)

Pese a la lucha constante de las mujeres negras bonaerenses, el panorama del conflicto armado continúa, se recrudece. El conflicto armado no termina, los cultivos ilícitos y la minería ilegal están presentes en el territorio.

Se fueron ellos (paramilitares) y llegaron otros vestidos de mineros, y siguieron cometiendo crímenes de lesa humanidad dentro del territorio. En nuestras comunidades, donde nos están sacando del territorio, nos siguen desplazando, nos están matando a nuestros líderes, a nuestros campesinos... Los hechos de violencia siguen en el territorio, no han mermado. Yo como líder sigo ejerciendo mi labor, donde aun tengo resistencia, estoy construyendo patrones de defensa para mi territorio y mi comunidad. Como guardia cimarrona veo un papel imporante como mujer que me identifico y represento a la mujer negra en dife-

rentes espacios, no solamente el hombre puede (Yulina, comunicado personal, 2021).

En síntesis, las mujeres negras bonaerenses han ganado espacios de participación desde los saberes situados y las experiencias que crean herramientas tanto para la participación como para fortalecer la identidad, en este caso, desde la recuperación de la espiritualidad y la ancestralidad. De otra parte, las mujeres reclaman sus derechos haciendo frente a la cultura patriarcal que las ha invisibilizado por años; sin embargo, empiezan a ganar visibilización en el territorio al ser reconocidas como víctimas con derechos, líderes sociales y su apoyo a organizaciones gubernamentales y sociales.

Visibilizando a la mujer negra Bonaerense en Resistencia: En las formas de resistencia de la mujer bonaerense, subyace una prolongación de la huella africana, además de transitar de la instrumentalización y la invisibilización hacia una creciente visibilización a medida que gana en autonomía. Sus formas de resistencia recreadas desde sus vivencias a lo largo de veinte años de conflicto armado en sus territorios, muestran su capacidad creativa para hacer frente a los terrores de la guerra, creatividad en la cual entretajan sus herencias africanas y las demandas vitales de un contexto de vida en continua disputa, primero como esclavas, luego como cuerpos y espíritus secuestrados por un conflicto armado que por lo pronto pareciera no tener fin.

La mujer negra bonaerense continúa frente a varios desafíos. Además del conflicto armado se encuentran las luchas con el legado del patriarcado que están presentes en las relaciones dadas entre las mujeres

mismas y las relaciones con los hombres en la lucha por el poder político de sus organizaciones étnico-territoriales como son los Consejos Comunitarios. Con relación al primer aspecto, existe una división entre la mujer negra que se asume como descendiente de un ancestro, quien choca con la mujer negra que en su comportamiento expresa la negación de su origen mediante procesos de colonización académica, espiritual y política. Tal división conlleva a generar diversidad de procesos organizativos, donde la formación o capacitación a través de múltiples organismos ha sido clave para fortalecer el empoderamiento y liderazgo de la mujer negra. No obstante, estos procesos necesitan tener un enfoque de educación propia que se apunte en la recuperación de la identidad de la mujer negra. La educación propia, reglamentada como ley para los territorios afrodescendientes se apila a la conciencia colectiva precisamente como poder social que consolida la identidad negra.

La definición como mujeres negras se ha convertido en un adjetivo evitado por algunos académicos por incrementar la desventaja del afro en la sociedad colombiana; sin embargo, aquí se pretende recuperar y dar fuerza como rasgo de identidad, ya que se constituye en la principal forma de resistencia "el ser mujer negra".

Dado lo anterior, para las mujeres, *"ser negra es serlo todo: identidad, compromiso, entrega, vocación. La vocación de servir, de entregar, de empatía"* (Yulina, comunicación personal, 2021).

Y un modo de vida que forjó desde la crianza familiar donde se valoró lo ancestral, reconocida desde el momento en que tuvo conciencia y que conserva a través de los años. La ancestralidad, la parte de ha-

blar con los dichos, cuentos, bailes, danzas y comidas se cultiva y se transfiere a la nueva generación.

Ser una mujer negra es toda esa diversidad, toda esa alegría que llevamos impregnada en la piel y que nos corre por las venas. También es todo ese legado, todas esas costumbres que vienen de generación en generación que la reproducimos a cada día. Es también un lenguaje propio, un lenguaje que no se puede expresar sólo con los labios y con la voz; es un lenguaje que queda impreso en todo lo que hacemos, en todo lo que tomamos. Sí. En la mirada, en el caminar, en el actuar, en el contonear de las caderas, pero además también en el sonsonete de nuestras voces, en esa ronquera que yo expreso, pero también en el hablado rápido. Ser negra para mí significa muchísimo y por eso lo seguiremos defendiendo, porque esta sociedad tiene que entender que este proceso es diverso (Eliya, comunicación personal, 2021).

En el ser, la mujer negra identifica su capacidad de protección de la vida y su vínculo estrecho con el territorio como vida. *“Soy mujer negra con identidad, con vocación de servicio, de entregar y dar, de empatía, la identidad la ejerzo en el territorio, viviendo la ancestralidad y compartiéndola” (Yulina, comunicado personal, 2021).*

Me reconocí como mujer negra desde muy temprana edad, crecí bajo la costumbre de las comunidades negras. Ser una mujer negra es reconocer su origen y su forma de llevar la cultura como mujer negra sensible y emprendedora siempre... están las jugas, torbellinos los alabados todo ese saber cultural que tiene la mujer negra (Uvaldina, comunicado personal, 2021).

La identidad da seguridad y compromiso con las iguales y desarrolla lazos para poder recomendar, aconsejar y apoyarse mutuamente. "Hoy, ser negra significa en mi palabra que la he llevado desde que inicié el proceso con las mujeres, es ser resistente y además de ser resistentes, ser resilientes. Eso significa que somos transformadoras de realidades críticas" (Yessica, 2021, comunicación personal, 18 de mayo de 2021).

Y también, la autenticidad y la tranquilidad de vivir y tener historias que forjar en todos los espacios que la reciban y acepten su condición étnico-cultural.

Para mí ser una mujer negra es ser una mujer muy sensible, pero a la vez muy fuerte, muy valiosa, capaz, que toma decisiones, emprendedora y ser una mujer que afronta todas las situaciones difíciles y saca el mejor provecho de ellas. También es ser una mujer que lleva su cultura y lo que ha aprendido de ella a todos los escenarios y a todos los sitios donde está. Yo no puedo ser negra en determinados momentos. Yo siempre soy negra. Conmigo siempre está la joga, el torbellino, los alabaos, la buena comida y la buena sazón, también la inteligencia más la creatividad. Para mí, eso representa la mujer negra (Uvaldina, 2021, comunicación personal, 28 de mayo de 2021)

Por lo anterior, el ser y el sentirse mujeres negras les impidió sucumbir ante la violencia paramilitar, ante la injusticia estatal y ante las agresiones racistas que llevadas a cabo las re victimizó. Así, el ser mujer negra se asocia a una vida en resistencia para la conquista de la libertad *"toda la vida descubrí el valor de la resistencia para la libertad, ser una mujer negra significa resistencia y resiliencia, aplico mi ancestralidad* (Yessica, comunicado personal, 2021).

El ser mujer negra en resistencia es una de las principales formas de resistir. La resistencia como una constante en la historia, por lo que exponen las mujeres, la resistencia continúa hoy en la medida que el conflicto continúa.

Dilly Vanessa Balanta
Santander de Quilichao, Cauca



Nació en Santander de Quilichao, departamento del Cauca. Tiene 29 años. A muy temprana edad y hasta los 19 años, vivió en la ciudad de Cali. Desde hace 10 años vive en el municipio de Villa Rica, Cauca. Psicóloga. Actualmente hace parte de la Mesa de Participación Efectiva de Víctimas del Conflicto Armado, y acompaña otros procesos comunitarios.

El día que viví el rigor de la guerra incesante

En un país que ha sufrido el rigor del conflicto armado por más de 5 décadas, a veces estando tan cerca de la guerra no la entiendes, no la sientes real, no la rechazas con la misma fuerza que lo hacen sus víctimas directas, esas personas que no pidieron estar inmersos en un conflicto que solo deja pérdidas humanas, culturales, materiales, sociales y emocionales, y que también deja esos vacíos y daños casi irreparables, pero son estas mismas situaciones las que nos enseñan que es posible intentarlo de nuevo, quizá lejos de casa, sin muchos de los nuestros, lejos de ese terruño que un día lo fue todo, y nos enfrentamos a lo desconocido, a lo incierto, a eso que no elegimos, pero es lo que se presenta en nuestra nueva realidad.

El 2 de febrero de 2012, el día en el que celebraría el cumpleaños de un viejo amigo, siendo las 11 am, me disponía en compañía de una amiga a prepararme para la celebración que teníamos pendiente. Nos maquillamos las uñas y quedamos de vernos a las 2 pm para entregar unos documentos y después asistir al festejo. En el momento en que ella salió de casa dejó la puerta ajustada, y unos 15 minutos después empecé a escuchar ruidos en la calle. Mi primer pensamiento fue que quizá estaban robando —entendiendo que en estaba rodeada de locales comerciales— pero a la vez me preguntaba cómo es esto posible si la Estación de Policías está solo a un par de casas. Corrí a cerrar la puerta de las escaleras que conducían a mi apartamento, y justamente al llegar a la entrada del mismo escuché un fortísimo estruendo, y en un abrir y cerrar de ojos todo se

tornó oscuro. Aturdida y sin tener claridad de lo que acontecía, corro de manera instintiva a cerrar la pipa de gas y después de eso escucho otro estruendo, y una enorme onda me arroja hacia un rincón. Ese día viví el rigor de una guerra incesante frente a mis ojos. Ese día vi el dolor y la angustia en los ojos de muchas familias que perdieron sus seres queridos. Ese día entendí qué es vivir en zozobra porque no sabes en qué momento se repite el horrible suceso.

Mis lesiones físicas fueron superficiales gracias a Dios, pero el impacto emocional no se remedió con un par de días, pues fueron meses de constantes sobresaltos, meses de total aislamiento. Mis familiares no se atrevieron a visitarnos, y hasta mi novio dejó de ir a mi casa; prefería citarme en otros lugares por no frecuentar la zona de aquel atentado.

El tiempo fue pasando, y algunas cosas retomaron algo de normalidad. Muchos nos aconsejaron a dejar esto en el olvido y continuar nuestra vida; esto sonaba fácil de decir, más no de llevar a cabo, pero lo hemos intentado. Cada año se conmemora el hecho en el mismo lugar, y justo en esa fecha se remueve un poco lo acontecido aquel día.

Un día, en una conversación casual, alguien me invitó a conocer los procesos que adelantaban las víctimas en el municipio de Villa Rica, y fue ahí donde me di cuenta que existía una mesa de víctimas y otras figuras que velaban por el bienestar de la población en cuestión. Me invitaron a la elección, y sin tener ninguna pretensión más allá de aprender, fui escalando en dicho escenario, y en poco tiempo me eligieron Coordinadora y también Representante Departamental, lo que generó un desafío

grande debido a mis compromisos académicos, pues estaba justamente culminando mi carrera profesional. Esta actividad ha sido de mis experiencias más significativas, pues he podido entender todo lo que impacta el conflicto armado en las personas.

Mi postura hoy es de defensora de los derechos humanos, en donde soy una voz que alienta a otras víctimas a verse como resilientes y no como mendigas ante un Estado cómplice y en muchos casos indiferente al dolor de los que realmente han sufrido la inclemencia de guerra que aún no cesa, pero que nos enseñó a reconocer esa fuerza interna que nos hace ponernos en pie, y que pese a las adversidades nos facilita visionar un futuro mejor para las próximas generaciones.

Elba María Rosas Suaza
Vijes, Valle del Cauca



Elba María Rosas Suaza. Nació en Vijes, Valle del Cauca y fue criada en un caserío llamado Huasanó, en el Cauca, en donde pasó su niñez y realizó sus primeros estudios. Y fue allí en donde empezó lo dulce y lo amargo de su vida, pero volvió poesía cada palabra que escribía. Cualquiera que haya vivido lo que está escrito en su pequeño relato, lo sentirá en lo más profundo de su corazón.

El día que viví el rigor de la guerra incesante

Era una hermosa mañana en la que buscaba mantener la calma. La fecha no la recuerdo, solo sé que llegué a mi casa con muchos pensamientos encontrados y tratando de hallar soluciones, soluciones para continuar con las tragedias que ya venían encima, y solo fue una llamada la primera de ese día —y que no contesté—, porque quería demostrarme que nada podía derrumbarme. “Solo es un rumor”, me dije, pero mis amigas lloraban y con mucho temor me decían:

—¡Vete, vete! ¡Te van a matar y a tus hijos también!
Yo las consolaba y les decía:

—Sólo es una mala jugada, nada pasará.

Pero dentro de mí había rabia y miedo y mucha impaciencia. Desde el momento del suceso oré y le pedí al Señor que tuviera misericordia, pues no sabía qué pasaba; que me iluminara para saber qué camino coger.

No tenía plata ni sitio alguno para dónde irme, pero estaba firme. No sé qué me hacía estarlo, si la rabia o el temor de llegar a perder a mis hijos, y entre tanto, todo sucedía y el tiempo pasaba.

Llegaron las primeras 12 horas, recibí la segunda llamada en la cual me informaban que solo faltaban 12 horas para acabar con mi vida y la de los míos. Me quedé fría en un primer momento. De inmediato reaccioné y pregunté: —¿Ustedes quiénes son, por qué se atreven a decirme eso?

Me insultaron y me dieron el ultimátum:

—¡O se va o se muere!

Y colgaron. Me quedé pensando lo que debía hacer, si tendría tiempo o era lo último que me tocaba. Pero la fuerza y el coraje eran más grandes que yo. Entonces fui a buscar ayuda a la iglesia. El pastor me escuchó y me dijo estas palabras:

—Si tú eres una buena cristiana y andas bien ante Dios, nada te pasará, pero si te hacen una segunda llamada, debes tener cuidado porque entonces las cosas van en serio.

No se alcanzan a imaginar cómo se puede sentir un ser humano en tal situación. En ese momento se me vino el mundo encima porque todo era real. No había nada que hacer, solo esperar, pero entretanto pensaba y mi mente divagaba.

Me dije a mí misma: “Voy a colocar un denuncia”. Y sin saber lo que el destino me había deparado, me fui a la Personería Municipal, aun sabiendo que el tiempo se acababa, pero fueron tal las ganas de sobrevivir, que el Señor tuvo misericordia y puso un ángel en mi camino: Una juez que me encontré en la Personería, quien me preguntó y le conté la tribulación tan grande que estaba viviendo en ese momento, y sin poder creerlo me llevó a la Estación de Policía y puso la demanda en la inspección y en la Fiscalía; yo no dije una sola palabra, solo ella hablaba con propiedad y autoridad. Ellos le preguntaban: —¿Y las pruebas?

Y ella les respondía:

—La amenazaron, le dieron 24 horas, ya pasaron 12, y ya le volvieron a recordar que le faltaban 12; sólo falta que la maten, y antes que pase les estoy poniendo en conocimiento. ¿O van a esperar que la maten como ha pasado ya?

Pues la respuesta no se hizo esperar, e inmediatamente recibieron la denuncia. Y como un milagro, la cuadra donde vivía se llenó de policías en motos, camionetas y algunos a pie. Ahí entendí que lo único que tenía era un Dios vivo y de poder que es el único que decide quién puede quitarnos la vida o no.

Y hoy les cuento una de las tantas historias que me acompañan y que parece un sueño o una pesadilla de la cual sólo Dios nos puede despertar y aguardar. Pasado el tiempo, solo queda una sensación de persecución que no acaba, el miedo a la calle y a pensar que todo puede pasar en un segundo, y te persiguen las situaciones porque cuando menos piensas te vuelven a llamar a intimidarte, y ya no sabes si quieres volver a vivir la misma historia pero en diferentes tiempos y ciudades, y la historia se repite una y otra vez, y vuelves a sentir ganas de vomitar, de cerrar los ojos y pensar que todo es mentira aunque sepas que cuando vuelvas a la realidad, esta será cruel y cruda como el viento o el fuego voraz que consume los bosques.

Así defino mi vida en momentos angustiosos: Tengo que soportarlos porque así quiso Dios que fuera, y hoy acepto todo esto sin cuestionarme: "¿Por qué a mí?" pues como yo hay muchas personas que no han podido superar ni plasmar todo esto en un papel. Lo que vivieron es como un libro dentro de sus

corazones, y no confían contar su historia como hoy lo hago yo; tendrá que pasar mucho tiempo para que sus almas sientan la necesidad de vaciar todo aquello que los atraganta y que a veces no nos deja respirar.

Muchos de ellos quieren despojarse de todo el peso que nos pusieron aquellos que se creyeron dioses para decidir en qué momento podrían perturbar o acabar con nuestras vidas, pero lo que ellos no saben es que el miedo y la rabia nos ayudaron a ser valientes para poder sortear las situaciones que nos hacen vivir.

Por siempre no será esto. ¡Yo, Elba María Rojas lo declaro!

Epifanía Herrera
Mahates, Bolívar



Epifanía Herrera Torrez. Vive en Mahates, Bolívar. Tiene 68 años. Se dedica a hacer masajes. A veces reza mientras le está haciendo el masaje a una persona, y también es modista.

Relato de Epifania Herrera

Siempre en mi vida he sido una campesina que vivía en un retiro llamado la San Rafael la Bonga, pero tocó salir corriendo porque cuando nos mandaron una carta diciendo que teníamos que salir en 24 horas. Yo vivía y me abastecía de mis crías que tenía en Bonga. Allí tenía gallinas, patos, puercos y cuando me tocó salir por el desplazamiento armado, dejé todas mis crías y tocó quedarme aquí en palenque.

Soy una mujer campesina que se dedica solamente hacerle masajes a quienes que se descomponen o se fracturan un hueso y se los rezo. También soy modista. Soy una señora de la tercera edad y me encuentro enferma; mi esposo se encuentra discapacitado, por eso ya no asiste a su labor de ante que era la agricultura. Dependemos de lo que me dan mis hijos. En San Basilio de Palenque mantenemos nuestra lengua. Somos un pueblo lleno de riquezas ancestrales.

Bueno, anteriormente se conservaba mucho nuestra tradición. Cuando había algún muerto se le hacía las nueve noches, se le colocan bullerengue, se les hace acompañamiento a todos sus familiares, y se le da su sentido pésame.

Fuimos desplazados de nuestras tierras por el conflicto armado. Ante no había tanto químico, uno no guardaba la comida en nevera y no se dañaba. Cocinábamos en leña, ahora mismo no tengo un trabajo fijo por nuestras discapacidades.

Palenque es un pueblo que tiene muchas cosas importantes. Antes no había luz, no teníamos televisión ni agua potable.

En la parte del arte y la música hay mucho de que contar, ya que tenemos al boxeador Kid Pambelé y al autor de cine Enrique Márquez. Tenemos un grupo que está rescatando todas nuestras culturas en la lengua palenque: bailes tradicionales, juegos, ronda y cantos fúnebre, cada una de esas costumbres tiene su importancia reconocida a nivel mundial. Por eso las seguimos fortaleciendo para que en un mañana tengamos más conocimiento de todas esas costumbres. Hay muchos niños y niñas que asisten a nuestras actividades para aprender todas esas costumbres, entre otras cosas.

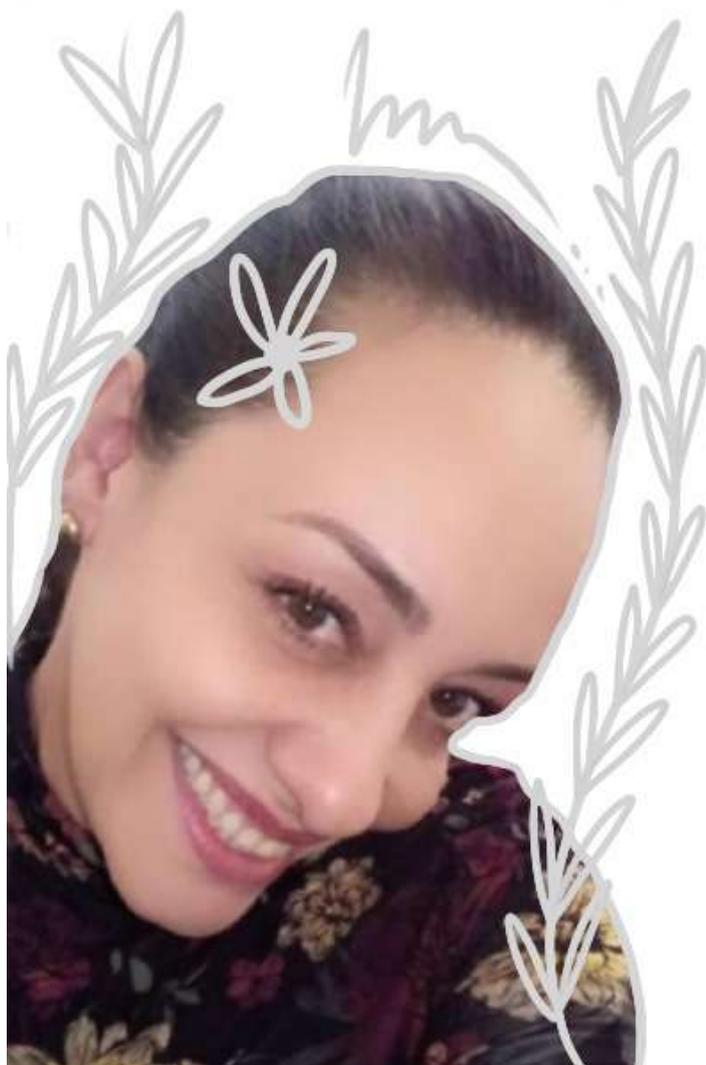
Anteriormente viví en la Bonga. Nosotros pasamos un largo tiempo en San Rafael la Bonga, pero nos sucedió algo inesperado: nos desalojaron de nuestros predios por el conflicto armado. Eso fue algo que nos marcó. Desde entonces, las cosas han cambiado. Hemos salido de nuestros terrenos para entrar en otro desconocido, y también yo como una señora que he pasado por muchas cosas.

Delante de los hombres, los actores armados nos sacaban a vivir si nos veían por las calles; ellos nos jalaban y se quedaban con nosotros en su casa.

Antes, cuando había algún velorio, teníamos un peinado especial para ir al allí que se llama "los hundiditos" y también las carrileras de trenzas. Ese peinado nos identifica como afro.

Yo soy Epifanía Herrera, y tengo cinco hijos que he sostenido por todo éste tiempo solamente de la agricultura, y en compañía de mi pareja Vicente Navarro he tenido muchas dificultades, pero he salido adelante con todos mis hijos, los cuales hoy tiene cada uno su familia

**Erika Zuleima
Bolaños Guerrero**
Pasto, Nariño



Erika Zuleima Bolaños Guerrero. Nació el 26 de septiembre del año 1976, en la ciudad de Pasto, Departamento de Nariño. A muy temprana edad, mi familia constituida por mi padre, mi madre y mi hermana mayor decidieron trasladarse a la ciudad de Cali en el Valle del Cauca, donde nace mi hermana.

Terapeuta en Farmacodependencia con énfasis en orientación familiar y Gestora Social Comunitaria. Ha laborado en instituciones privadas como fundaciones en rehabilitación de personas adictas a las sustancias psicoactivas, y orientación a familias y con comunidades de sectores vulnerables de Cali como jóvenes y población habitante de calle.

Sentimientos, sensaciones, emociones, recuerdos

Hacernos responsables de nuestros sentimientos y emociones es lo más difícil, sobre todo cuando nos toca vivir situaciones que nos ponen a prueba, y es ahí cuando nos encontramos en una parálisis emocional queriendo buscar responsables de lo que vivimos, inclusive señalamos a Dios por su abandono. Y entonces nos llegan miles recuerdos, sensaciones, emociones y pensamientos, y lo único que se quiere es dormir para no sentir.

Todo iba muy bien. Éramos una familia con defectos, perollena de amor, y estaba conformada por padre, madre, compañero, dos hermanas, una hija tres sobrinos.

Aquel 29 de agosto del año 2020 estaba mi progenitor dando su último suspiro. Recuerdo que todo fue tan rápido. Y de pronto una llamada.

—Tu papá falleció.

Hubo confusión, incertidumbre, recuerdos. Después de haber pasado múltiples enfermedades de base y de haber sobrevivido a más de cuatro infartos, aquel día su cuerpo no dio más y partió... ¡Ya no existía!

Ese mismo día me encontraba cuidando a mi cuñado Frank Lebrón, personaje sin igual de la farándula y de nuestras vidas, y que además era un modelo de padre para mi hija que así lo concebía ella. Él también se encontraba pasando por una crisis de salud y estaba muy delicado. Mi cariño por él era

especial, pues llenaba nuestras vidas de sonrisas al regalarnos los mejores momentos de su vida personal y artística, y por enseñarnos aquello que se llama felicidad auténtica, esa que involuntariamente solo él podía dar al contagiarnos de esa energía positiva, de esa energía de amor, de ese bienestar, de esa paz que siempre nos entregaba con una sonrisa a pesar de las adversidades, pero él ese día estaba en una cama, y nosotros viviendo la incertidumbre.

Estando ahí recibí la triste noticia. Muchos recuerdos llegaban a mi mente. Todo era muy confuso. Era la primera vez que experimentaba la muerte de un ser amado. Cerré mis ojos, y sólo le agradecí a mi padre por haber sido mi mejor maestro. Él fue un personaje muy disciplinado, exigente y temperamental, pero sobre todo muy noble.

El 10 de septiembre del mismo año, —diez días después de la muerte de mi padre— mi hermana mayor se encontraba acompañando a Frank, su esposo, en una intervención quirúrgica; lastimosamente no sale avante de ella y fallece. El rostro de mi hermana sumergido en llanto y en dolor me conmovía, me dolía. Mi alma se encontraba destruida. Pensaba muchas cosas, me hacía muchas preguntas, pero la más importante era esta: ¿Cómo le voy a decir a mi hija que Frank había fallecido?

Sabía lo mucho que le iba a doler, pues Frank representaba en nuestras vidas a un padre, a un amigo, a un hermano, a un ser maravilloso que en su corazón solo había bondad y entrega para su familia. Finalmente había que darle la noticia. En mi familia sólo se sentía un ambiente de total de dolor, tristeza y soledad, por la partida

de dos seres importantes para nuestras vidas.

A los pocos días también fallece la mascota de la casa que era de mi hija, y entonces, otro dolor más para ella. La verdad, no sabía cómo explicar tantas desgracias en mi familia, y así quisiera evitarle el dolor y el sufrimiento a mi hija ante estos siniestros, ella se hacía muchas preguntas, la más impactante: La existencia de Dios. Recuerdo preguntas como:

—¿Mamá, y dónde está Dios? ¿Por qué permite que suframos tanto? ¿Por qué a nosotros, mami?

Cualquier explicación científica, espiritual, etc. no la entendería; había que aprender con estos vacíos. No había otra opción.

Este año la pandemia generó un caos emocional en todos los individuos, pues hizo que las personas tuvieran temor a salir, y muchos se confinaron por miedo a ser contagiados; en pocas palabras, experimentamos una psicosis colectiva que dejó como resultado a gente con neurosis, y a muchos con otros trastornos psicológicos.

Esta pandemia se me llevó al "AMOR DE MI VIDA" (así vi a mi madre siempre), la más perfecta entre las perfectas, y cuando creímos que por fin descansaríamos de una vida difícil que le tocó vivir junto a mi padre, y que disfrutaríamos de lindos momentos al lado de sus hijas y nietos, y de hacer todo aquello que no había podido hacer, llega este virus y le deteriora su salud.

Fueron 21 días en los que batallé para salir adelante, 21 días que para sus hijas fueron de total incertidumbre, de dolor. Todo fue una agonía lenta, y sólo Dios era

nuestra fortaleza en esos momentos. Pero a pesar de la oración y de las súplicas la muerte le gana la batalla y fallece llevándose con ella una parte de mi ser.

Sentimiento inexplicable: A las 2:35 am, vivía el dolor más inmenso que jamás había sentido, y como es algo corporal, se siente que las piernas no responden y que el corazón late a millón. Temblaba, y hacía un frío aterrador. Con ese dolor en el alma le pedía a Dios que quería verla, tocarla, olerla. Parecía una mentira estarle pidiendo eso.

No concebía la vida sin ella. Exclamaba, gritaba, lloraba, sentía una sensación de abandono total. Y me invadieron muchos sentimientos, sensaciones, emociones, recuerdos. Y lo único que quería era despertar de aquel sueño.

Pero ahí seguía con mi dolor profundo, sintiendo aflorar todas esas heridas de la infancia, sintiéndome vulnerable, poniendo en evidencia aquella niña herida que le reclamaba a sus padres amor, compañía, atención y sobre todo el contacto.

Quería sentirla, acariciarla, olerla, pues me sentía vacía, literalmente sin nada. No sabía cómo empezar sin ella. Por mi mente pasaban escenas como en las películas: recuerdos de niña, momentos de dolor, alegría, tristeza, momentos vividos con ellos, mis padres, mis mejores maestros ya no estaban. Por un momento creí que mi vida era una tragedia. Pero ahí me encontraba yo, afrontando la situación y tratando de ser fuerte. También pensaba en el dolor de mis hermanas igual de heridas como yo, tal vez asediadas por la culpa, y yo sin consuelo alguno al ver a mi hija que se sentía devastada por perder a sus

abuelos y a Frank, (para ella era su Daddy), pues era un amor genuino que solo los padres les dan a sus hijos.

Las personas siempre hablan de la muerte, pero entender su verdadero significado resulta difícil sobre todo cuando has perdido a tres personas importantes de tu vida en menos de cuatro meses.

Sin embargo, aquí voy de la mano del Poder Superior que me llena día a día de serenidad para entender lo que tanto duele, pues siempre me dará la sabiduría para reconocer la diferencia y el valor para cambiar las cosas que sí se pueden cambiar.

Genith Potosí Erazo
Buesaco, Nariño



Genith Potosí Erazo, nació en el municipio de Buesaco en el departamento de Nariño en el año de 1974, vive en la ciudad de Cali hace 28 años. Con 47 años de edad de los cuales 13 como cristiana. Se dedica a servir a la comunidad brindando asesoría de libros y biblias, también ayudando a las personas con su testimonio de vida y su fe, con sencillez, amor y humildad brinda su amistad y consejo a quienes tiene oportunidad de conocer.

Al encuentro conmigo

En noviembre de 1979, cuando tenía 4 años de edad, fue que mi vida empezó a cambiar. Era muy pequeña, pero ya me daba cuenta de todo lo que acontecía a mi alrededor. A esa edad, mi mamá y mi papá tomaron la decisión de regalarme a la familia del sacerdote del pueblo, que me iban a criar como si fuera su hija. Solo recuerdo que llegamos ese día domingo a la casa, tocamos la puerta, y no recuerdo más, sólo que en horas de la tarde yo estaba llorando y esperando que regresaran.

Y así pasaron los días, hasta que estas personas me dijeron que mis papás ya no iban a volver, que ellos iban a ser mi nueva familia. Entonces tomé un respiro, me sequé las lágrimas y comencé una nueva vida en ese lugar.

Cuando ya tenía 7 años, mi mamá volvió y me dijo:

— Vengo a visitarte.

Mi actitud fue de rechazo hacia ella.

— ¡No la quiero! — Le respondí. — ¡Y no quiero que se acerque!

Y bueno, a los días me envió un regalo, dinero y una tela para un vestido, el cual nunca me puse porque tenía mucho enojo con ella.

Para ese entonces llegó a vivir a esa casa un hermano del sacerdote, un señor de más o menos unos 60 años que al poco tiempo de estar allí empezó a

manosearme, y por el miedo de irme y quedar sola si contaba lo que estaba pasando me quedé callada; igual lo decidí a pesar de que la señora de la casa y sus hijos, comenzaron a señalarme y a decirme que yo no era familia de ellos sino una regalada.

Entré a la escuela a los 5 o 6 años—no recuerdo bien—, el hecho es que a los 9 salí de la primaria y a los 10 comencé otra etapa de mi vida.

Para entonces decidieron entregarme a la familia del hijo de la señora en la ciudad de Pasto, Nariño, y quien vivía con su esposa y sus tres hijos. Llegue ahí con la ilusión de iniciar el bachillerato porque ellos dijeron que me iban a dar el estudio.

Me mantenían diciendo que estaban buscando cupo en algún colegio, y que tan pronto lo consiguieran entraría a estudiar. El hecho es que pasó un año, y en todo ese año empezó una vida muy difícil para mí. Me discriminaban, me golpeaban con lo que hubiera a la mano, cada uno de los hijos me manoseaban tocando mis partes íntimas. De los 10 a los 18 años viví llena de odio y de tristeza por los rechazos y las humillaciones. Constantemente me decían que yo no servía para nada, que no tenía derecho a opinar nada porque era una india, que era una ignorante, una bruta. Crecí con una idea pésima de mí misma, al punto que terminé aceptando que mi opinión no contaba, pues si la daba, no iba a ser tenida en cuenta. Nadie me quería, y por esa razón alguna vez pensé en suicidarme al no estar al lado de mi verdadera mi familia. Cuando cumplí 18 años, me escapé de ahí con la ayuda del sacerdote. Cada que podía, iba a su casa y le contaba lo que había vivido hasta ese entonces. Él me dio el dinero para que tomara un bus hacia Bue-

saco, el pueblo donde vivía la familia que me crió, y bueno, así lo hice. El 2 de diciembre de 1992, llegué a donde mi familia a empezar una vida desenfrenada, rebelde y sujeta al licor porque tenía mucho enojo con todo el mundo. No quería a nadie, y creía que nadie podría quererme. Sin embargo, viví cosas bonitas, pues hice amistades de mi edad. A pesar de mis experiencias dolorosas reía mucho y disfrutaba de la vida.

El 29 de junio de 1993 falleció, a la edad de 94 años, la mamá que me crio, y como estaba en una actitud rebelde e ingobernable, el sacerdote que hacía las veces de papá, me echó de su casa materna.

— Se va de aquí por su grosería y desorden. Se va ya... ¡malagradecida!

Él no estaba en condiciones de soportarme.

— Bueno señor, pues me voy.

Y como cosas de Dios, una sobrina de él llamada Ruth, que viajó desde Cali a Buesaco al funeral de su mamá, me preguntó si quería irme a vivir con ella, le dije que sí. Ella me dijo que le ayudaría a cuidar su hijo de tres años. El sacerdote estuvo de acuerdo. Desde niña había soñado con vivir en la capital del Valle del Cauca.

En enero de 1994 tomé un autobús rumbo a la ciudad de Cali. Estaba entusiasmada y feliz por alejarme de quienes no quería volver a saber nada.

Aunque no tenía experiencia en el cuidado de niños me defendí como pude. Todo marchaba sobre ruedas, aunque a escondidas seguía consumiendo licor. A pocos meses de terminarse ese año a Ruth, le dio

por decir que su esposo la engañaba conmigo. Fue muy frustrante lo que afirmaba sin pruebas; además, ese señor nunca me faltó al respeto. Como yo era muy jovencita, él me trataba como una hija, y seguramente esa fue la causa por la que ella se llenó de celos y se imaginó la traición. Una vez más me puse muy triste y enojada. No supe qué hacer. Ella me despidió con decencia, y me armó viaje para Pitalito, Huila, donde un hermano suyo. Yo le dije que sí me iba para allá, pero que primero iría de vacaciones a Buesaco a pasar la Navidad y los Carnavales de enero de 1995, y que luego me iría para Pitalito.

Llegó enero de 1995, y por consejo de mi papi (siempre le dije así al sacerdote que me recibió de niña) no me fui para Pitalito, y entonces retorné a Cali. No tenía idea qué iba a ser de mí. El 10 de enero salí rumbo a Cali, llegué a las 4 am a la terminal de transportes, y allí me tomé dos horas pensando qué sería de mí en esa ciudad que no conocía muy bien.

Y de pronto recordé el número telefónico de una familia que conocí estando en casa de Ruth. Esta familia supo del problema que me sacó de la casa de Ruth; los llamé y ellos muy amorosamente fueron a recogerme y me llevaron a su casa. Ellos me preguntaron qué pensaba hacer, y les dije que no tenía ni idea, ya que no tenía experiencia laboral de nada. Ellos me propusieron que les ayudara con las niñas mientras regresaba de vacaciones la nana de ellas, y así pasaron 4 años, ya que la nana nunca volvió.

Estando allí empecé un proceso terapéutico en alcohólicos Anónimos, ya que don Julio, el señor dela casa, me llevó a esas charlas, y tuve la oportunidad de escuchar muchos testimonios de sanidad.

En 1997 esta familia decidió trasladarse a Sibundoy, Putumayo, yo fui con ellos, pero no me gustó la vida allá, así que con mucha tristeza me despedí de esa linda familia y volví a Pasto a vivir con Alexandra, una sobrina del sacerdote, y con la cual crecí hasta los 10 años.

En 1998 tuve una recaída con el alcohol. Consciente de dónde podría terminar si no tomaba una decisión radical, en enero de 1999 llamé a don Julio y le dije que me ayudara a volver a Cali. La ayuda consistía en ubicarme en un lugar y un trabajo para no volver a la deriva a esa ciudad, y así fue como conocí a Doña Albita —una mujer maravillosa que Dios me permitió conocer— Llegar a esa casa fue clave para mi vida tan agobiada y tan llena de miedos. Estaba súper feliz por volver a mi Cali bella después de un año. Tenía mucha expectativa de lo que sería mi vida de ahí en adelante.

Con mucho cariño doña Albita me acogió en su hogar, y con paciencia me enseñó las artes culinarias y como mantener una casa ordenada y limpia. Sus hijos me trataban como si fuera una más de la familia. Yo estaba muy feliz. Con todo y eso, tenía claro que no me quedaría toda la vida trabajando en una casa de familia, y aunque no es un trabajo denigrante, decidí superarme intelectualmente, cumplir mi sueño de ser bachiller e iniciar una carrera profesional. Pasado un año de vivir en ese lindo hogar, le dije a doña Albita que no iba a seguir viviendo con ellos porque quería estudiar, y hasta el momento no lo había hecho. Ahora entiendo que Dios siempre me rodeaba, que nunca he estado sola, pues puso en mi camino a ese ángel llamado Albita.

Después de esa charla en la cual le manifesté mi deseo, ella se dedicó a buscar un instituto donde yo pudiera validar el bachillerato. Entonces me matriculó. Ahí estaba Yo frente a un gran reto, pero feliz. Fueron los tres años más alegres y divertidos de mi vida, me los gocé, los disfruté muchísimo; hice amigos, me destaqué como una buena estudiante, y descubrí una faceta en mí que no conocía o que otras personas se encargaron de apagar. Esa faceta fue el liderazgo, el hablar en público, y aprendí que al que más se le da, más se le demanda.

Llegó el día de mi graduación. ¡Doña Albita una vez más se fajó conmigo!, pues preparó una comida especial, e invitó a toda la familia para que me acompañaran en ese importante día. Bueno, pasado ese evento, doña Albita me preguntó: — ¿Y ahora qué quiere hacer?

Ella estaba dispuesta a ayudarme para que saliera adelante. Entonces me recomendó inscribirme en el SENA, y tomé un curso de Atención al Cliente. ¿Por qué lo hice? no sé, pues pensaba que no servía para eso, pero los planes de Dios no son los nuestros. También tomé un curso de redacción comercial y algo de etiqueta y glamour. Más tarde entré a la Universidad Libre a tomar clases básicas de informática, y también algo de inglés. Una vez terminé esa capacitación, ¿Qué iba a hacer con todo eso? Doña Albita ella tenía una empresa en la que elaboraban envases plásticos. La Secretaria Comercial que se encontraba en ese momento renunció, y no había reemplazo. Doña Albita me preguntó si me le medía a ese reto, y con miedo, pero dispuesta le dije que sí, que yo aprendía rápido, y fue así como me convertí en la nueva Secretaria Comercial, algo que nunca me

imaginé por la idea que tenía de mí de "introvertida".

Estuve cinco años en la empresa Plásticos Ramos. En todo ese tiempo sucedió algo mucho más increíble para mi vida, y fue que conocí a Cristo, el único que ha logrado ir sanando mi corazón y todo mi ser de rencores, alcoholismo, miedos, baja autoestima y demás defectos. Cristo me ha enseñado a perdonar, a ser una mejor persona, le ha dado un verdadero sentido y un propósito a mi vida. Amo el día que lo conocí de verdad el 5 de agosto de 2006. Antes, como dice Job, puedo decir de Cristo que "De oídas te había oído, más ahora mis ojos te ven". Cristo es lo mejor que me ha podido pasar, no digo que no tenga inconvenientes, pero Él llegó para darle valor a mi vida.

Hoy vivo tranquila y dichosa en Cali. No todo lo vivido fue malo, pues comprendí que esos tiempos de dolor, soledad y de muchas cosas negativas sacaron de mí valor para vivir y para servirle a quienes necesiten un favor de mí.

Hilenis Salinas Gamarra
Carmen de Bolívar, Bolívar



Mi nombre es Hilenis Salinas Gamarra. Nací el año 1991 en El Carmen de Bolívar, Bolívar. Comunicadora, pero siempre estuvo vinculada a su municipio a través de la Red Teoartística de los Montes de María, colectivo que incentivaba la creación artística para exorcizar los dolores y traumas que la violencia había dejado en los jóvenes.

Ha participado en varias antologías de cuentos, entre esas el libro Ombligo de la esperanza, dedicado a narraciones de vivencias de la guerra, y revistas locales como Cosecha. Fue periodista en el periódico El Universal y en este momento se encuentra en el mundo de la comunicación organizacional. Publicaciones:

- Crónica: Las fiestas de la Virgen en cuarentena
- Libro antología el ombligo de la Esperanza
- Cuento Pacha Mama. Revista Ecos de la caminada
- Revista de la Red Teoartística de los Montes de María. Cosecha 1 y 2

Infinito

— ¿Y tú eres de aquí?

Luna ajustaba el lente de la cámara con la que grabaría a su incómodo entrevistado. Levantó los ojos del visor y encontró los suyos, buscando el cruce. Sonrió apenada.

— Sí, pero llevaba años viviendo en otra ciudad. Víctor notó el rubor en las mejillas de la periodista y bajó la mirada, avergonzado.

— Probemos el micrófono, ¿Vale? Regálame tu nombre y tu cargo.

— Víctor Restrepo. Líder de investigación. Luna se entornó los audífonos y tras unos segundos se volvió hacia él.

— Muy bien, te voy a hacer unas preguntas y te voy a pedir que me respondas con frases completas para que quede mejor registro.

Sonrió para sí, la benevolencia de Luna le confundía. Podía ser que creyera que era un idiota o que simplemente ella fuera demasiado amable, demasiado metida en su papel de entrevistadora que quiere que todo salga perfecto.

Al final de la entrevista, una hora después, Luna se quitó los audífonos y sonrió entusiasmada.

— Y listo, te libero.

Él le devolvió la sonrisa, reconociendo en su pecho

la liberación que ella le había concedido, se incorporó al equipo de logística y no la volvió a ver hasta el final de la jornada cuando, buscando un lugar dónde comer, la halló a ella sola en una mesa del comedor. Se sentó a su lado y comieron en silencio sin mirarse.

Luna pensaba en su narración. *Esta tierra que pisas estuvo llena del dolor de la violencia, generaciones perdidas en una guerra que no era nuestra*, le había dicho Víctor al inicio. Tanto dolor en unos ojos tan lindos, pensó, y luego espantó su propio dolor sacudiendo su cabeza y concentrándose en la ensalada de papa que llevó el equipo para cenar.

Era el primero de siete días de grabación en Santa Isabel, un corregimiento de Sabanilla, al norte de Colombia, que 20 años antes había sido víctima de una masacre. A Luna no le interesó retomar esas narraciones sino mostrar lo que los santeños habían construido de aquel mal tiempo y logró las entrevistas gracias a Víctor, que llevaba años realizando investigaciones sociales en su propio pueblo.

Víctor hablaba poco y pausado. Días antes le había explicado al equipo la vida en las veredas, las historias de varios entrevistados, el trabajo de la comunidad y las personas difíciles de tratar, pero durante la jornada se había quedado callado y al margen de las entrevistas, confiado en que Luna hubiera tomado la esencia de cada entrevistado.

Lo poco que hablaba lo compensaba detallando gestos y sombras en los rostros de los extraños que venían a grabar las nuevas historias de su pueblo. Al segundo día de grabación notó que Luna miraba fijamente a sus entrevistados, a veces des-

cuidando el estado de la grabación de la cámara. Descubrió que antes de emitir una pregunta, ponía la mirada fija en el techo y que jugueteaba con sus dedos cuando necesitaba repetir una respuesta.

— ¿No crees que le está afectando a la periodista tantas entrevistas seguidas? —le preguntó a Michael, el coordinador del proyecto, en parte preocupado por la falta de sonrisas de Luna el último día de la jornada.

— Si hay alguien que puede hacer estas entrevistas sin inmutarse esa es ella. — Le dijo Michael. — ¿Conoces el significado del dolor? — Le preguntó la señora Magali a Luna mientras ella la grababa tejiendo un sombrero de iraca.

Luna tenía la cámara muy cerca de la mujer, su piel olía a tabaco seco. Bajó el lente de la cámara hacia el piso y buscó los ojos de la abuela.

— Si no lo conozco del todo, ojalá que no tenga que conocerlo, porque arde en la barriga como una brasa en llamas.

La vieja dejó a un lado el tejido y la agarró del brazo, alertándola.

— Siempre puede ser más grande, siempre puede quemar más, siempre puede arder más. Puedes morir y revivir en el dolor todas las veces que la vida quiera que lo hagas. Es infinito.

Pensaba en Magali cuando bajaron al pueblo después de los siete días de grabación. Michael iba a su lado, conduciendo un jeep que alquilaron en Sabanilla para moverse mejor por las veredas. De-

lante de ellos en una Suzuki roja, Víctor iba mostrándoles las mejores zonas para montar el carro.

Pero Luna no lo iba mirando, ni a Michael. Ella seguía mirando los surcos de arrugas alrededor de los ojos de Magali, las uñas amarillentas por el consumo de tabaco, los labios reseco y los ojos vacíos.

— Siempre impresiona la primera vez — le dijo Víctor tres horas después, al notar que seguía perdida en sus pensamientos mientras tomaban en el bar del hotel.

— He estado en pueblos que han sufrido más que este. He conocido historias peores. He visto niños llorar a sus padres. A padres llorar a sus hijos. Pero nunca vi tanto dolor como en el rostro de Magali — le respondió y se empinó la cerveza caliente que tenía en la mano — ¿Sabes cómo lo definió? ¿El dolor? I N F I N I T O.

Víctor acarició su cerveza y miró hacia un cuadro envejecido que tenían enfrente.

— Creo que Magali exagera. El dolor se acaba cuando se acaba la vida.

Entonces Luna lo miró. Recordó que una semana atrás había creído que esos ojos negros pequeños eran los más dolorosos que había conocido, pero cada día encontró un dolor más grande en cada mirada.

— Una vez leí un libro que decía que cuando contamos la guerra todo parece más escandaloso que cuando lo vivimos, pero eso no significa que no haya sido terrible.

Así zanjaron una conversación demasiado íntima para mantenerla entre dos desconocidos. Pero Víctor no iba a perder de vista los ojos llorosos de Luna.

Cuando tenía nueve años, Luna soñó que se moría. Estaba sentada en la tercera banca de la iglesia de su barrio cuando una veintena de guerrilleros se metieron al sitio y dispararon a todos los feligreses. Ella sintió un ardor en la parte derecha de su abdomen y se agarró la herida. Una niña guerrillera con su mismo rostro se le acercó y la miró lastimera. “¿Por qué me mataste?” Le dijo agonizante, ya acostada en la banca.

Quince años después volvió a vivir el sueño, pero esta vez la persona herida de muerte tenía el rostro de Magali. “Infinito”, le dijo la mujer agonizando en la banca de una iglesia que nunca conoció y luego todo se hizo negro.

Abrió los ojos en la cama del hotel. Inmóvil, se quedó mirando al techo hasta que los primeros rayos del sol se metieron por el ventanal. Acelerado, Michael empezó a tocar la puerta de la habitación a las 7 de la mañana. Luna salió del trance, se puso un suéter que tenía en la mesita de noche y abrió la puerta sin mirar a Víctor, que se arrojaba rápidamente para que Michael no lo encontrara desnudo en la cama de Luna.

— Anoche murió Magali — les dijo sin anestesia, y se quedó mirando la ropa tirada en el piso — Debemos volver a Santa Isabel.

Después de hacer las diligencias en la funeraria, Víctor llegó a Santa Isabel. Luna y Michael ya estaban allá. La plaza del pueblo había sido habilitada para la velación que se preveía masiva por

la fama de Magali en todo el departamento. En ese momento en lugar de un velorio, parecía que todo el pueblo estaba preparando un concierto.

A un costado de la plaza, Michael ayudaba a descargar un centenar de sillas de un camión mientras otros participantes de la producción documental las acomodaban cerca de la iglesia.

Víctor entró a la casa de Magali, donde un grupo de mujeres vestidas de negro se colgaban del féretro dando gritos, una de ellas lo abrazó y él le respondió apretando su cuerpo con toda la fuerza.

Al soltarse de la mujer, no se asomó al cajón, sino que siguió derecho. Salía de la cocina de palma un fuerte olor a café de olla y siguió el olor en busca de algo que tomar.

Encontró a Luna rodeada de cuatro mujeres del pueblo. Sentada en un asiento recostado en una de las esquinas del rancho, sonreía entretenida con las historias que le contaban las otras. Al verlo llegar, Luna ahogó la sonrisa y se empinó la taza de café que sostenía con la mano derecha. Estaba frío y se le había prendado un toque de acidez que le causó una mueca.

— Dejas calentar la cerveza y esperas a que se enfríe el café. Qué curiosas costumbres tienes.

— ¡Se desmayó María! ¡Se desmayó! —Gritó una mujer en la sala y todos en la cocina fueron corriendo a mirar. Todos menos Luna, que se levantó con paciencia y caminó hacia el patio, un terreno de 20 metros cuadrados cubierto de árboles frutales, matas de yuca, palos de coco y en el fondo un pequeño platanal.

Olvidada del lapsus de la hija mayor de la difunta, caminó diez metros y se detuvo debajo de un palo de mango que estaba empezando a soltar las hojas. El dolor en el lado derecho del abdomen se le estaba haciendo insoportable. Se acostó hecha un ovillo al pie de una raíz gruesa que salía de la tierra, se puso las manos en el vientre, cerró los ojos y volvió el sueño de su propia muerte.

— ¿Por qué me mataste? —Volvió a decirle a la niña guerrillera que la miraba triste desde el atrio de la iglesia. Pero la niña dejó de verla y caminó hacia el banco de enfrente, donde una mujer de cabello largo prendía una vela frente a la Virgen del Carmen, como si nada.

Tendida en la banca, con su mano sosteniendo su propia herida, Luna miró a la niña armada apuntar y quiso detenerla, pero le dolía; quiso gritarle, pero no tenía voz. Y entonces el disparo, y entonces su grito ahogado, y entonces todo negro otra vez y una sacudida que la despertó de la misma pesadilla que había sido su vida.

Sentada frente a Michael y Víctor, que la encontraron tras dos horas de estarla buscando en los matorrales, Luna se miró la cicatriz del abdomen y la apretó con fuerza, soltando una lágrima tras otra; lloraba por Magali, por su dolor; lloraba como si esa muerta desconocida que ahora iban a enterrar fuera en realidad su madre.

Lloraba y lloraba, como si ella volviera a ser la niña de nueve años dejada en la más miserable orfandad por una guerra que tampoco era suya.

**Liney del Carmen
Betin Restrepo**
San Jacinto, Bolívar



Liney del Carmen Betín Restrepo. Nació en San Jacinto, Bolívar. Es Trabajadora Social egresada de la Universidad de Cartagena e integrante del colectivo Poemas a Muchas Manos, en el municipio de Yumbo—Valle, donde ha publicado varios de sus poemas en las revistas homónimas del colectivo. Asimismo, forma parte del grupo POEPAZ (Red Global de Lectura y Escritura para el Acercamiento de las Culturas). Participó en la antología poética "Por todos los silencios. vol. 3" de la editorial Libros para pensar y en UNDIMBRES; la primera antología de Las Mujeres del Caribe Narran su Territorio del Ministerio de Cultura. Actualmente se encuentra ejerciendo su profesión como terapeuta holística.

Una noche ruidosa

Después de una noche de horror
donde la oscuridad y los ruidosos
balazos la invadían.

Llegó la mañana y con ella...
las casas pintadas con frases amenazantes,
con inmensos huecos en las paredes,
con muchos vecinos y familiares empacando
lo que podían,
porque no tenían poco tiempo para dejar el pueblo.

Nuestros amiguitos llorando,
porque no se querían ir,
las escuelas destruidas
y el pueblo bañado en lágrimas y sangre.

Nos encontramos en el parque principal
con cabezas mutiladas de gente conocida,
ensanchadas en estacas.

Ahí comprendí con apenas ocho años
que somos capaces de hacer mucho daño.

Pasa el tiempo y hoy fuera de mi tierra,
extrañando a los míos,
cultivando y cosechando lo aprendido,
abrazo mi dolor.

Me reconcilio con la esperanza
y fortalezco mi relación con la paz,
porque lo podemos hacer diferente.

María Eugenia Díaz Restrepo
Carepa, Antioquia



María Eugenia Díaz Restrepo. Nació en Carepa Antioquia, el 4 de junio de 1977. Es egresada de la Universidad de Antioquia del Programa Tecnológico de Administración de Servicios en Salud. Debido a la violencia en la región de Urabá, emigró en primera instancia a la ciudad de Bogotá, luego fue a vivir a la ciudad de Medellín, donde se involucró con los temas sociales y fue así como inició a trabajar en la Fundación Proaño, formulando proyectos de carácter social.

Al vivir en Puerto Tejada, Cauca, su familia fue asaltada y secuestrada con su esposo y decidieron emigrar para Ecuador. En este país, se dedicó a perfeccionar el ser artesana del cuero y dictó talleres de empoderamiento a diversos grupos sociales.

Actualmente vive en España y sigo vinculada a los temas sociales desde su profesión como artesana del cuero. También, hace parte de una asociación que entrega alimentos a familias vulnerables a través del Banco de Alimentos de Cáceres y colabora para temas muy puntuales con algunas organizaciones en Colombia.

Historia de mujeres

Cuando me pidieron escribir algo sobre cómo la violencia ha tocado mi vida o la vida de las mujeres de mi familia, me hizo pensar en todas las formas que esta las ha tocado y en general, a las de nuestro país. Hablar de la violencia contra las mujeres es hablar de que se da de muchas formas; por un lado, la ejercida hacia nuestros cuerpos, y las otras —pero no menos duras—, las ejercidas contra nuestros hijos o nuestras familias, y que nos dejan igual o más marcadas que las otras.

Soy la quinta hija de la familia. Una vez fuimos siete hermanos, una madre y dos padres ausentes, pero esta historia comienza con mi abuela, una paisa chapolera que cogía café donde quiera que hubiera cosechas en Antioquia; madre soltera siempre, murió cuando mi mamá tenía 7 años. Ahí comenzó todo.

Mi madre era hija extramatrimonial y, por lo tanto, no reconocida y sin ningún derecho. A esa corta edad un hermano de su padre se condolió y se la llevó a su casa; ahí recibía toda clase de maltratos por parte de la esposa de ese tío que la veía como un estorbo para los planes de casamiento que tenía para sus propias hijas, ya que la pequeña bastarda estaba creciendo y haciéndose una mujercita. Mi madre tenía trece años cuando a la mujer de su tío se le ocurrió que debía casarse con un camionero que solía llegar a la casa para comer y descansar de sus viajes. El hombre tenía treinta años y le gustaba esa niña de trece, y así fue como una noche a mi madre le arreglaron un pequeño bulto con sus dos vestidos y unos zapatos de plásticos, y la entregaron al que en adelante sería su marido.

La primera noche y en plena carretera, el camionero quiso estrenar a su joven esposa. Mi madre nos contaba el miedo que le producía, el terror de sentir a ese hombre encima de ella. Luchó, intentó defenderse, y él la golpeó sin descanso hasta que otros camioneros que pasaban lo detuvieron. Mi madre despertó en el hospital del pueblo más cercano; su marido les dijo a los médicos que los habían asaltado; nadie le preguntó nada al respecto a mi madre, nadie quiso saber la verdad, pues era de esas verdades que incluso hoy día, muchas personas prefieren ignorar para no implicarse en ellas de ninguna manera.

A los 23 años mi madre ya tenía 4 hijos, 3 abortos y le faltaban casi todos los dientes. Cada minuto, cada día, cada año que vivió a su lado fue un infierno de violencia contra ella y contra sus hijos. Nadie estaba ahí para mi madre, parecía que ni ese buen Dios del que hablaba el cura estaba ahí para ellos. Con la ayuda de su suegro, un día escapó de las garras de su marido. Vivía muerta de miedo y recordando la promesa que su marido le había hecho: *A como te vayas y te encuentre, te mato a ti y a tus hijos*, pero aún con miedo sacó fuerzas de donde no tenía para ir de pueblo en pueblo buscando trabajo.

Para una mujer sin dientes, sin saber leer ni escribir, joven, pero con 4 hijos, no había muchas opciones; afortunadamente, siempre hubo ropa sucia en las casas de familia y en los burdeles de los pueblos, a eso se dedicó: a lavar ropa ajena para sacar adelante a sus hijos.

En el año de 1975 emigró a la zona de Urabá. Decían que había mucho trabajo para las mujeres y no nece-

sitaban leer o escribir. Así que allí llegó con sus pocas pertenencias en un saco y sus 4 hijos. Ahí conoció al que sería mi padre, con él tuvo tres hijos más; yo soy la mayor de esa relación. Mi madre pensó que había quedado atrás esa vida de violencia, pero mi padre no era tan diferente de aquel hombre que hizo de su vida un infierno. Pero ella sí era diferente, pues se juró que nunca más un hombre la maltrataría ni a ella ni a sus hijos, por esa razón al primer intento de su nuevo marido de golpearla, ella lo frenó con contundencia. Ese día fue el primero y último que mi padre intentó maltratarla físicamente, pero en lo sucesivo los maltratos serían verbales y psicológicos.

Como era lógico, esa relación tampoco funcionó. Mi madre se cansó de tanto maltrato y decidió seguir adelante sola. Ahora, en vez de cuatro hijos, tenía siete, siete bocas que alimentar, siete niños que sacar adelante, pero todo eso no era nada comparado con el dolor que vendría después.

Dicen que perder un hijo es el dolor más grande que una madre puede sufrir, pues ese dolor lo vivió mi madre cuando murió mi hermana Gloria, la tercera de sus hijos. Ella murió a manos de su marido, un feminicidio lo llamarían ahora. En ese entonces no era más que un crimen pasional por el que su marido nunca recibió castigo. Mi hermana fue asesinada a los 18 años.

Después de eso —y poco tiempo después del asesinato— fue mi hermano mayor el que desapareció. Tenía 24 años. La gente decía que había ingresado a la guerrilla. Lo confirmamos cinco años después al recibir una carta suya en la que le decía a mi madre que había sido herido y que estaba en un hospital, pero cuando recibimos la carta ya ha-

bían pasado 13 días. Cuando mi madre llegó al hospital ya no estaba. Nunca más supimos de él.

Mi hermano menor —el que era un año menor que yo— desapareció en 1994, un día que la guerrilla entró al pueblo donde vivíamos. Ese día se llevó a cuanto chico encontró en la calle. Mi hermano fue uno de ellos. Mi madre se enteró y fue corriendo a buscarlo, habló con el comandante, le rogó, le suplicó, le lloró, pero todo fue inútil, pues las palabras del comandante fueron que le llevara a mi hermano la próxima vez que fuera, útiles de aseo, una linterna y unas botas, así lo hizo, y fue la última vez que lo vio con vida. Ese día le arrancaron otra parte de su corazón. Mi hermano tenía 14 años.

En 1997 desapareció mi otro hermano, el que le seguía al mayor. Mi abuelo, —el que nunca se ocupó de ella cuando más lo necesitaba— había muerto, y le había dejado unas tierras en su testamento. Mi madre no quiso saber nada, no quería saber de tierras ni de herencias, pero mi hermano se empeñó en que debía reclamarlas y que él las trabajaría, pero la familia de mi abuelo no estaba dispuesta a compartir nada. En esa zona el quinto frente de las FARC eran los que dictaban las leyes, y ellos se encargaron de acusar a mi hermano de paramilitar, y esa fue su sentencia de muerte, lo citaron para que subiera a la montaña, él se negó y le escribió a mi madre para que ella fuera y le ayudara explicando las verdaderas razones, pero mi madre llegó tarde otra vez. Un día se lo llevaron y nunca más supimos de él. Nunca encontraron su cadáver. No había un día de su vida que mi madre no se culpara por la suerte de cada uno de sus hijos, y por eso perdió las ganas de vivir, nada le hacía feliz, nada.

Recordar todas estas cosas aun al día de hoy me hace llorar. A veces pienso que he sanado, que he dejado atrás todo ese espiral de dolor, pero supongo que no es verdad, solo se adormece, pero sigue doliendo.

Mi madre murió sin poder saber qué pasó con mis hermanos. Antes que muriera, yo me dediqué a buscar cualquier huella de ellos. Mi madre había sufrido un accidente cardiovascular - ACV y estaba muy mal, pero no dejaba de preguntar por mis hermanos. Necesitaba saber qué había pasado con ellos. Una parte del cuerpo de mi mamá estaba paralizado, pero su mente continuaba lúcida, y su corazón seguía anhelando saber de sus hijos.

Pasaron los años, y con el internet se hizo más fácil buscar a una persona. Finalmente pude averiguar lo que pasó con mis hermanos, pero nunca pudimos recuperar sus cuerpos. Mi madre sufrió otro episodio de ACV, ahora sí perdió la lucidez, pero no dejó de reconocernos algunas veces. Ya no era necesario contarle lo que había pasado con mis hermanos, supongo que fue mejor así. Su mente se desconectó de tanto dolor, de tanto martirio.

Cuando mi madre murió, yo ya estaba separada, tenía dos hijos y mi relación con su padre tampoco era sana. Me case a los 16 años, y sin tener la madurez suficiente para hacerme cargo de una familia. Para el padre de mis hijos yo era una hija más, sin poder de decisión, y cuando intentaba alzar la voz o revelarme ante algunas situaciones de maltrato se ponía violento. Controlaba toda mi vida, cómo me vestía y con quién podía hablar. En una ocasión me golpeó, pero más que dolor físico, el dolor fue emocional, pues concluí que comenzaba a repetirse la historia

de mi madre. Sentí tanta rabia, tanta frustración, y de eso saqué el valor para denunciarlo. Fue la primera y la última vez que me puso un dedo encima. La policía lo tomó como una riña de pareja y me aconsejó que volviera a casa y cuidara de mis hijos, que seguro no se volvería a repetir. Eso hice, seguí viviendo con él por un tiempo, pero estaba segura que no repetiría la historia de mi madre. En cuanto pude —aun con mucho miedo por lo que pudiera pasar— fui a la universidad y eso me permitió conocer otra forma de relacionarme, pues se me abrió un mundo de posibilidades. Entonces decidí separarme y retomar las riendas de mi vida. El costo que pagué fue muy alto, porque tuve que separarme de mis dos hijos, y aunque ya eran adolescentes, seguían necesitando a su madre. Sin embargo, con mi decisión, ellos aprendieron que nunca se debe soportar ninguna clase de violencia, ni tampoco causarla.

La vida me ha llevado por muchos lugares que nunca pensé recorrer, pero también he de decir que las violentas experiencias que viví —primero a través de mi madre y luego en mí misma— me han servido para hacer que otras mujeres no normalicen ninguna situación de violencia, que no la permitan, que busquen ayuda, pero, sobre todo, que eduquen a sus hijos e hijas lejos de ese ambiente violento para que no sigan ese ejemplo. Aunque no es fácil lograr este objetivo en una sociedad que aún ve normal que las mujeres vivan sometidas a sus esposos — ya sea por miedo o por dependencia económica— no dejaré de hacerlo.

Sindy Ruiz (Mery Lionz)
Cartagena, Bolívar



Sindy Ruiz. Nació un 3 de marzo en la ciudad de Cartagena, departamento de Bolívar. Cantautora urbana. Se conoce como Mery Lionz, en el mundo artístico. Hija de padre barranquillero y madre cartagenera. Desde muy pequeña mostró la pasión por las letras y la música.

A los 8 años, escribe sus primeros versos y a los 14 emprende el viaje como artista musical. Inició como bailarina, luego cantate de Rap que se ha constituido en su punto de partida, al fusionarlo con el folclor, el reggae, el dance hall y la champeta.

Ha sido premiada como Artista Femenina del año 2017 en los premios Festichampeta en la ciudad de Cartagena.

www.youtube.com/merylionz

Canción La Nena

By Mery Lionz

Era una mañana normal, mami
a alistaba pa' ir a la escuela
sabiendo que algo andaba mal, terminó
el desayuno que hizo la abuela
como un drama de telenovela
de esos episodios que dejan secuelas
un villano jodía a la nena allá afuera
y no quería acercarse ni a la carretera.

Pero mami no sabía na',
estaba pendiente de trabajar
pa' que a su bebé no le falte na',
mientras papi paga tiempo en Canadá
condenado por buscarse el peso,
dejo a su familia en medio del proceso

Mami dejaba a la nena cerca del colegio
y se iba pal trabajo en busca de progreso.

Al salir la esquina se oyó una bocina
y era el vecino en su Suzuki
quien lo veía con cara de bueno,
pero era más malo que Chuky

— ¿Me llevo a la nena?,
voy de camino y paso por la escuela
—No se me preocupe ella se va solita,
la escuela le queda a la vuelta

—Lla calle está muy peligrosa,
si quiere la llevo y la dejo en la puerta.

Eran amigos de infancia

¿cómo podía rechaza esa oferta?

Miro el reloj y se dio cuenta
que iba llegando tarde a su trabajo.
Mami le amarró los zapatos y dijo:
— “Bebé nos vemos en un rato”

Mama quizá no vuelva a casa,
hay un tipo asechándome
y no sé lo que le pasa

Mama quizá no vuelva a casa,
quisiera gritarlo, pero el miedo me abraza.

Mama quizá no vuelva a casa,
hay un tipo asechándome
y no sé lo que le pasa

Mama quizá no vuelva a casa,
quisiera gritarlo, pero el miedo me abraza

Arranco la moto bien rápido
y al cruzar la calle se desvió.

Su pequeño cuerpo se puso helado
mientras que el miedo to' le invadió.

Sonó la campana, pero la nena al cole nunca llegó
Se desmayó y pa' que contarte lo que sucedió.

Al cabo de un rato se despertó,
no sabía nada de lo que pasó.
En medio de la carretera
ya no se encontraba la moto ni el conductor

Corrió y corrió lo más que pudo
hasta que llegó a su casa,
pero jamás pensó encontrarse
con aquella multitud en la terraza.

Pasó entre la gente pa podé' contarle
lo que había pasado a su mamá
Pero se dio cuenta que estaba llorando
mientras su abuela la abrazaba.

La nena gritaba,
no entendía por qué ninguno la escuchaba:
Vio su cuerpo sin vida tendido en la sala
y supo de qué se trataba.



Reina Matilde Pérez Cassini
Barranquilla, Atlántico



Reina Matilde Pérez Cassini. Nació el 24 de noviembre de 1976 en Barranquilla, Colombia. Su padre Abel Antonio Pérez y su madre, Tomasa Cassiani Valdez, una hermosa palenquera quien a través de cocadas y bollos la respaldó en los primeros 28 años de su vida. Es Normalista, Licenciada en Lenguas Modernas de la Corporación Universitaria de la Costa C.U.C y Magister en Educación con énfasis en investigación de la Universidad del Atlántico. Le fascina zambullirme en el mundo de las letras por lo cual he escrito tres obras literarias en las que narro mis experiencias familiares, laborales, y personales: *Entre Cocadas y Bollos*, *Estrategias para mejorar en la Comprensión Lectora* y *Las Memorias de una viuda*. Actualmente combina su vocación como escritora con la docencia en la básica secundaria, mientras se desvive por seguir amando a Dios, hermanos y familia.

Entre cocadas y bollos

Dedicado a todas las palanqueras,
Que con la venta de cocadas y bollos
Han logrado que sus hijos salgan adelante.
Gracias Padre eterno por permitirme vivir cada
momento, porque pude comprender cómo se
puede valorar una cultura, amar,
perder a alguien y seguir viviendo.
Se escribe este libro como evidencia del rol que
silenciosa y valientemente han asumido las muje-
res afro en medio de sus tradiciones, costumbres y
frente al deseo incesante de sacar
a sus retoñitos adelante.

Nunca me había imaginado escribiendo este libro, y si consigues manchas en él, representan las lágrimas que de mis ojos brotaron al pretender redactarte todas las escenas, o más bien los recuerdos que como huella siguen marcados en mi mente.

¿Quién? Dios mío, ¿Quién? ¿Quién hubiere pensado que llegaría el día en el que, después de la misa de ocho, vista en televisión, ya no estaríamos sentadas en la puerta de la casa riéndonos a carcajadas de cualquier tema, historia del pueblo o comentario gracioso de ella; mientras nos comíamos unas torrijas de bollo blanco con chicharrón o queso y café con leche?

¿Quién imaginaría que tendría que enfrentar una vida en la que solo quedaría los recuerdos del ayer, en donde el madrugar a cargar agua en baldes era el inicio del día, con la alegría a pesar de la faena, de ir en grupos, hablando, jugando y en ocasiones riéndonos hasta reventar, pero eso sí, sin dejar caer el calambuco que con un rodillo nos ubicábamos en la cabeza, acompañada de los pelaos que con sus mulas me-

neaban su cintura y movían sus brazos, como si estuvieran bailando champeta? Era tan gracioso verlos.

En cada búsqueda de agua algo ocurría. Recuerdo cuando una vez, unos hombres habían asaltado un bus, y sin miedo o preocupación alguna caminaban por la calle del barrio La Manga con sus pistolas en mano. Lo que sobraron fueron pies para correr, y fue la primera vez que pude ver mulas y baldes que volaban.

En fin, de nuevo me detengo porque me vuelve a invadir su recuerdo, sí, el recuerdo de ella; esa mujer procedente de San Basilio de Palenque, un pueblo humilde, pero extraordinariamente rico en cultura, quien crio a sus hijos dándose la pela diaria de cargar una punchera repleta de muchos bollos y en ocasiones de una gran variedad de cocadas.

Recuerdo que desde niña supe sentir su amor, que en ocasiones se tornaba como alcahuetería. Yo, la chiquitica a quien puso en la escuelita de barrio, pero que se escapaba y regresaba a casa a buscar durante la tarde hasta tres veces merienda, y que tan tranquilamente, ella se las otorgaba sin recriminación alguna. Sorpresa grande para esta niña, cuando al año siguiente le da el aviso:

—Te vas a estudiar a la Empresas Públicas Municipales.

—No, allá no, me toca coger bus.

—Tendrás transporte.

Realmente no me preocupaba el tener o no el medio para llegar allá, lo único que lamentaba era el no

poder escaparme a buscar las tres meriendas, que cada tarde en medio de su paciencia me otorgaba.

Y qué decir de las comidas, cuando de sopa se trataba, deliciosas no lo niego, el arroz de coco, de frijol cabeza negra, del pescado... la nevera llena, los platos rebozaban, todo aquel que a la casa llegara, sin reparos le otorgaba. ¿Por qué Dios mío?, ¿por qué ya de eso no queda nada?

De nuevo hay llanto en mi rostro al recordar cómo con ella me divertía. Jamás comunicó una queja, lamento o algún tipo de sufrimiento. Solo en ocasiones le veía en su rostro aspecto de preocupación, y solía oír susurros, pero nunca se me dio por preguntarle por qué tantos monólogos, ¿Qué piensas?, ¿Qué te pasa?, ¿Qué tienes?

No obstante, no había día en que no se me acercara para saber de mí, de mi vida, sueños, la escuela, mientras le tejía en su pelo crespo unos bordelabays o unas carreitas, de las que aprendí que fueron también medios para escapar de los esclavistas y llegar a los palenques donde al fin podrían vivir como libres.

Alegría para ella fue saber que uno de mis sueños era ser maestra, sí, quería ser la profesora del barrio La Manga; las carcajadas de felicidad fueron tan inmensas que me sorprendió, cuando al otro domingo al despertarme encontré un tablerito pequeño, cuya parte superior era un espacio verde, y en su inferior tenía dos patas cruzadas que se expandían al momento de abrirlos. ¿Cómo olvidarlo, Señor? ¿Cómo? Si había sido conseguido por ella, que, aunque no me lo dijo, ni tampoco se lo pregunté, sabía que fue comprado de sus

ahorritos de la venta de sus cocadas y bollos. Ella se sentía orgullosa por haber hecho esa elección, porque dentro de su comunidad palenquera, y por cuestiones culturales jamás tuvo esa oportunidad.

No sé por qué en ese momento ni por los años que estuvo conmigo, jamás mis labios se abrieron para decirle que quería ser maestra, porque ella era un modelo para mí, porque a pesar de que nunca en su vida supo cómo agarrar un lápiz, fue para mí más que una magister, porque me enseñó a pesar de su analfabetismo a amar la vida, respetar, obedecer, a ser honrada, a valorar lo poco o mucho que los que están contigo te dan, a amar a Dios, a ser el tipo de ser humano con defectos -no los niego-, pero colmada de valores.

Recuerdo que mis amiguitos de la cuadra cuando me veían pasar con mi tablero se me iban detrás pidiéndome que jugáramos al colegio, y yo toda engreída por mi juguete nuevo, los llevaba a mi casa, y nos íbamos a uno de los tres patios que esta tenía, y en piedras de silla los sentaba; sacaba mi cartilla de A, B, C, CH, las tizas blancas y de colores que también hacían parte de mi regalo, e inmediatamente empezaba a enseñarles.

Cierto día sentí que me observaban, busqué y busqué hasta que me di cuenta que, por la ventana, estaba ella con un rostro angelical negro del cual brotaba una hermosa sonrisa —y que fue respondida por la mía— mientras revisaba las planas que le había puesto a uno de mis estudiantes.

No había tarde después de clase o los fines de semana en que ellos llegaran para que la seño les enseñara. Me acuerdo cuando a mi alumno al que le decíamos Kiko, le estaba mostrando la cartilla, en eso pasó su mami-

ta por uno de los patios de la casa, y yo para dejarlo lucido, le decía en tono bajo cada letra y el siguiéndome el juego las repetía a viva voz, hecho que propició que su mamá me dijera, con todo el entusiasmo:

—Ay, mañana mismo le voy a comprar su cartilla y cuaderno para que me le enseñes.

Qué audacia la mía, ¡me había conseguido un alumno más! Ya me tocaba quitarle otra piedra más al fogón de leña donde ella hacía los bollos y las cocadas, que luego reemplazaría con la tranquilidad que siempre la caracterizaba.

Pasaron los días, meses y años en los que sin privarme ni un solo día de su compañía en mi diario vivir, me animaba a afrontar la nueva etapa de mi vida: los estudios secundarios.

Sentía gran emoción en mi corazón por el hecho de pensar estaría en un colegio en donde me enseñarían a ser maestra, al mismo tiempo me invadían pensamientos de preocupación porque temía que no hubiese con qué pagarlos. Al comunicárselo hallé esa tranquilidad y esa paz que todo su ser sabía destilar, al manifestar que Dios no nos iba a desamparar, y efectivamente pude entrar al Colegio León XIII.

En este momento sonrío a carcajadas porque recuerdo que entraba a clases en el mes de febrero y había una brisa inmensa en la que, en los alrededores del centro de Barranquilla, si una mujer llevaba un traje puesto con miles de botones y correderas, esta se lo descuajaba sin necesidad de abrirlo.

Recuerdo cuando ella me acompañó a mi primer día

de clases. Salimos desde temprano. Ella aprovechaba de paso para comprar en el mercado de grano el maíz, o más bien las mazorcas para llenar el saco que llevaba y que al llegar a casa cogía el cuchillo para desgranarlo uno por uno. Esa vez no contaba ella que al bajarnos del bus y atravesar la calle se viniera esa brisa que le arrebataría de sus manos el saco, y fue muy chistoso verla correr tras él y a aquellos, quienes amablemente desearon ayudarla en su proeza. Yo me quedé paralizada al verla ir tras del saco; solo me saqué en el reírme fuertemente, risotadas que fueron acompañadas por las de ella.

Inicié entonces mi secundaria en la que cada día tenía que madrugar a cargar los bultos de leña con que se cocinaba el maíz para hacer los bollos, buscar los baldes de agua y hacer oficio. Al terminar salía a luchar para cumplir ese sueño: nuestro sueño.

Fueron seis años en los que tuve la oportunidad de gozar de una vida escolar hermosa, con compañeros y maestros que demostraron su amor por lo que hacían, y aunque no faltaba el estudiante que se quería pasar de listo o hacerse el gracioso, revive mi mente aquella ocasión en la que uno, (no sé si fue queriendo o sin querer), soltó un eructo tan grande que estremeció el salón, y el profesor de biología lo pasó al frente para que pasara todo el tiempo que faltaba eructando, y si se detenía le iba a poner un uno. Fue asqueroso, pero al mismo tiempo sí que daba risa verle la cara en sus esfuerzos de cumplir con la petición dada por el profesor.

Cómo olvidar el día en que el profesor de matemáticas dejó una tarea en la que llamaría a cualquiera. Recuerdo que al finalizar la clase nos re-

unimos y decidimos que todos nos íbamos a preparar, incluso el compañero a quien le interesaba todo menos estudiar; aunque pensándolo bien, creo que no podía, y tal como lo imaginamos lo llamaron a él, y a todos nos colocaron un uno.

Todas estas historias eran compartidas una a una con ella y de todas llevo impregnadas en mi corazón la ocasión en que empezaron a hacer a partir de octavo, el énfasis en la práctica docente. Dividían el salón en dos: una parte los del bachillerato académico, y otra el pedagógico del cual hacía parte. Al principio se me hacía tan difícil esa preparación de clase por todo lo que el formato pedía, y encima se tenían que llevar todos los registros de la práctica en un cuaderno. No niego que tuve momentos en los que quería tirar la toalla, pero allí estaba ella motivándome para que no lo hiciera. Hoy, tantos años después, me parece escuchar sus palabras, que en algunas ocasiones manifestaba en su lengua palenquera:

—Lo ke ku sabe, ni a siribi pa na nu. (Estudia, estudia, que quien no sabe ni la “a”, no sirve para nada).

Fue entonces cuando optó por buscar a una vecina, hija de una palenquera que vendía leña, para que me explicara, ya que ella también era profesora, y su mamá era la que me atendía cada mañana cuando iba a comprar. Doris, así se llama con quien conversaba agradablemente, y los fines de semana cuando no tenía clases duraba hasta una hora allá.

La señora Doris se divertía escuchándome todas las historias que le contaba y en especial lo que vivía y ex-

perimentaba con mi deseo de ser maestra, por lo que fue fácil conseguir la aprobación para las asesorías.

Al cerrar mis ojos, puedo revivir cuando mi mamá llegó una noche de vender los bollos. Al bajar su punchera y sentarse, me le acerqué, y al observar me di cuenta que no fue una buena noche, ya que gran parte de los bollos fueron traídos nuevamente a casa, y se me estremeció el corazón cuando de su delantal sacó unas moneditas de las pocas que traía y me dio \$100 diciéndome:

—Estos \$100 son para que se los lleve a Fabiola por lo que te va a enseñar.

Se los recibí, y en ese mismo instante mi corazón latió tan fuerte, que me tapé los ojos, fui corriendo a mi cuarto, y estando allá lloré sin cesar, porque con esa acción comprendí que ella realmente estaba dispuesta a darlo todo por mí.

Hoy día me pregunto, ¿Por qué no le di las gracias?, ¿Por qué no la abracé en vez de correr? Asimismo, me pregunto, ¿Por qué me puse brava el día que participé en un concurso de modelaje? Recuerdo que salí desde la tarde a una discoteca a representar a mi curso y no regresé sino hasta media noche tras haber perdido, y desde la esquina pude verla parada en la terraza de la casa angustiada por mi demora y temiendo que me hubiese pasado algo, pero en ese momento no lo entendí, así y al llamarme la atención y preguntarme qué me había ganado sólo le respondí:

—Nada, no gané nada, no me dieron nada.
¿Estabas esperando que te trajera algo, que te
diera plata?

A lo cual me contestó:

—I taeppera, na, ribo, ni rinumano, si, i takon-
daakumakaneo mí. (No, yo no espero de ti ni
de tus hermanos nada, yo cuento solamente
con lo que gano de mi trabajo).

Hoy día me arrepiento de todo corazón haberle respondido así, y cada vez que voy a la casa desearía que ella estuviera allí parada en la terraza como ese día, esperándome.

Al día siguiente no hubo petición de perdón de mi parte, y no hubo resentimiento alguno de parte suya. Fabiola, aunque no me recibió el pago de los \$100, se comprometió en mi deseo de par en par; cada tarde nos reuníamos sobre la leña del patio de su casa y practicábamos con mi tablerito, los cuadernos y todos los útiles que ella me trajo. Por fin pude preparar la clase, que alegría sentí.

Ya estaba avanzando en mi bachillerato pedagógico, ya casi era maestra, maestra-bachiller; por ende, me tocaba ir a las prácticas a otra institución, hacer los trabajos que la maestra asesora ordenaba, almorzar en la calle, ¡Oh Dios, más gastos!, pensé; pero al llegar y contarle a ella, quien, en ese momento estaba haciendo unas cocadas, alegrías y enyucados para salir a venderlos al mediodía, inmediatamente encontró la solución.

—Vamos a hacer un negocio, tú haces los enyucados y

yo te voy a dar \$1.000 diarios para que los reúnas y tengas para complementar lo que te pidan en el colegio.

Ni corta ni perezosa acepté el trato. Y desde ese día cogí el negocio de los enyucados y le eché mano de vez en cuando a los dulces de coco, piña, mango, ciruela, corozo, entre otros, menos el de guandú, que por cierto nunca lo aprendí a hacer, ya que nunca me dejó meterle mano. ¿Por qué? Hummm no sé.

Fue así como me involucré más con los bollos buscando día tras día la leña como les conté antes. Con las cocadas, alegrías y enyucados en cada temporada de carnaval, los dulces en Semana Santa, más la torta de yuca diaria (enyucados), me ganaba mis apreciados \$1.000.

Una de las noches en que recibía los \$1.000, mi corazón se invadió de alegría y tristeza a la vez, porque si bien me alegraba el tenerlos, me entristecía el hecho de pensar en que esos mil pesitos restarían a la comida o a otras necesidades de la casa, así que resolví colaborar en mis sueños; no solo con los peinados sino con ayuno; es decir, decidí que a partir de entonces no volvería a gastar un solo peso en meriendas, y las ahorraría exclusivamente para tener el dinero para fotocopias o para los útiles que me pedían en mis estudios de bachillerato y las prácticas docentes.

Recuerdo esos días en que como a eso de la diez de la mañana, mi estómago con su gruñido me hacía recordar el nuevo propósito que me había hecho; y en algunas otras ocasiones eran calmados con la oferta de mis compañeras de comprarles la gaseosa y el dedito para que al terminar me regalarán la colita del mismo, y el último poquito de

gaseosa o más bien de baba que en ella quedaba.

Me mantenía firme cuando me encontraba al salir de clases con mi hermana por el centro y me pedía prestado dinero para comprar agua o dulces y enérgicamente le decía que no, porque al igual que yo, recibía la misma cantidad de dinero para la merienda, que de quien vengo hablando en este relato nos daba.

Con el deseo de salir adelante y queriendo aportar a esos \$1.000, aprovechaba cada temporada de carnaval para promocionar mi habilidad de hacer trenzas palenqueras. Así que visitaba a las vecinas para ofrecer mis servicios y a ella le pedía que me promocionara con sus caseras, todo esto sirvió porque recuerdo que con lo que cobraba reunía para la mayoría de las cosas que necesitaba.

Un día me tocó acompañarla porque según ella, Dios la había bendecido, ya que habían llegado unos amigos de unas de sus caseras de los Estados Unidos, a quien ella le había contado de unos exquisitos bollos, y, estos, entusiasmados, le pidieron a su familiar que les hiciera una compra especial. Así que para esa tarde no era suficiente esa punchera, me tocó ir a acompañar, y les confieso que ese día no tuve tiempo ni para bañarme porque me llegaron más de cinco clientas para peinar, tenía que hacer los enyucados y encima de todo, me tocó salir esa tarde a vender, o más bien, a entregar los bollos. Recuerdo que ella los metió en un saco porque sabía que yo nunca jamás me había puesto una punchera en la cabeza, y de pronto, digo hoy yo, pensaría que los pudiera dejar caer. Fue así como a las 3:30 salimos a nuestra faena.

Yo cargué el saco, ella su punchera, y al llegar al sector de venta en el norte de Barranquilla, al verme bajar del bus y abrazar el saco me dijo:

— Ponelo andicabe abotakré keataaimemoakesenda baasina, i nu ketre boba. (Póntelo en la cabeza, tú crees que eso está cerca, si fuese así no te hubiese traído).

Esa fue la primera y única vez en que ella me llevó consigo a vender, como también la singular e inolvidable ocasión en que la oí gritar diciendo:

— Bolloooooo, bollitooooo, booollo.

Hoy todavía me pregunto: ¿Cómo hacía ella para manejar tan bien un negocio de tan poco ingreso?, ¿Cómo hacía para mantener todo en la casa, la nevera llena y ayudarnos en todo lo que necesitábamos? ¿Cómo? ¿Cómo?

Así pasé el bachillerato luchando con ella a mi lado, superando todo tipo de dificultad, sin queja alguna de su parte. Sigo pensando en este momento: ¿Cómo hacía? ¿Cómo en ella siempre había una sonrisa marcada en su rostro? ¿Cómo en medio de todo, sin importar qué fuera, hubiera siempre una actitud positiva y propositiva? ¿Cómo?... no lo entiendo.

Si no había comida, los cinco sabíamos que en la noche ella no llegaría con las manos vacías, y así al verla llegar, bajar su punchera, encontrábamos dos bollos de mazorca, una libra de queso, salchichón, una papeleta de frutiño y azúcar, y nos preparaba eso y todos lo comíamos con tanta alegría.

Sigo sin entender ¿Cómo podía estar contenta en

medio de todo?, si tenía que salir a vender bajo sol, lluvia, viento, con luz o sin ella. ¿Cómo pudo continuar con una sonrisa en su rostro, vendiendo con esa mano inflamada porque el chofer del bus cerró la puerta antes de que ella terminara de bajar la punchera? ¿Cómo? ¿Cómo pudo levantarse de la carretera cuando se calló en medio de una calle mojada y le quedó en su rodilla la peor de las ñoñas, y que, al sentarse risueña, se tapaba con sus manos para evitar ver la marca y tener que dialogar sobre ese tema? ¿Cómo?... sigo sin entenderlo.

El tiempo transcurrió más pronto de lo que pensábamos; los años de bachillerato se fueron como agua, en medio de las luchas y batallas, que por gracia, obra y bendición de Dios pudieron ser sanadas. Llegó la fecha tan esperada, mi grado, pronto tendría el título de Maestra-bachiller. Qué alegría por haber logrado ese meta, y más cuando ese mismo día cumplía años. Sí, llegaba a la mayoría de edad, 18 años. Recuerdo que en casa no había proyecto de fiesta alguna. A falta de flores en el jardín, recuerdo cómo ese día pensaba de dónde iba a tener para ir al lujoso hotel en donde era la ceremonia; por lo cual ella con la actitud pujante que la caracterizaba me dijo:

— Lebanda, palaa si suto lo aselo po chochá, suto tan kelá andi chito un, numana si ku amore ele, tan akompañá bo. (¡Levántate!, ¡arriba!, si logramos lo mucho, no nos vamos a quedar en lo poco. Cámbiate, tú hermana y su novio te van acompañar).

Entró a su cuarto, y desde afuera pude escuchar el ruido de las moneditas sacadas de su delantal, prontamente salió y me entregó \$2.000, saldo que fue exactamente lo que nos cobró el taxista a mis acompañan-

tes y a mí por llevarnos al suntuoso hotel del Prado.

La alegría fue tan grande que salimos, y ni me acordé de pedir el dinero para el taxi de regreso.

La ceremonia fue única. Al llegar, recuerdo que el grupo de mis amigas me recibió con gritos y felicitaciones de cumpleaños, y una de ellas con su voz nada melodiosa empezó a cantar la canción "Tu cumpleaños" de Diomedes Díaz; luego se apareció un hombre -no sé ni quién era - e hizo un zumbido como de abeja irritada con el dedo en su boca para que se callara.

Qué bello fue ese día el recibir las menciones de honor, el diploma y los reconocimientos con los cuales dije dentro de mí: ¡valió la pena!

Después de las despedidas con los compañeros, vuelta un mar de lágrimas al verlos marchar, fue cuando me acordé del dinero de regreso; disimuladamente me acerqué a mi hermana y al hacerle el comentario, muy tranquilamente me respondió:

— No te preocupes, ya eso está arreglado.

— Arreglado, ¿Cómo? —Pensaba yo.

La respuesta a ese interrogante fue hallada cuando se iba acercando el taxi a la puerta de la casa, salió ella, me recibió con un gran abrazo y luego sin decir nada se acercó al taxi y de sus senos sacó \$2.000 y pagó.

Esa escena jamás se me borrará de la mente, otra vez, figuraba allí, demostrando que era capaz de hacer lo que fuera, por mí.

Se reunió la familia, todos en la sala, y como no había

nada, no faltó el que propuso que me fuera a compartir con las compañeras que me habían invitado, y que sí tenían tremenda fiesta. En ese momento hubo un encuentro de miradas; ella me veía y yo a ella, no sé qué estaría pensando ella en ese momento; pero en la mía solo se vino el reflejo de los aguaceros con que ella salía a vender, la mano maltratada por la puerta del bus, la rodilla marcada por la caída por la punchera, susurraban al oído las palabras de aliento que me daba frente a cada dificultad, y el interrogante que más he usado a lo largo de este relato: ¿Cómo? ¿Cómo me voy a ir, dejándola sola, después de todo eso? ¿Cómo? ¿Cómo va a borrar el deseo de una fiesta todo lo vivido, todo lo dado? ¿Cómo?

Esa noche no fui a ningún lado, me quedé compartiendo con ella el logro alcanzado. La vida siempre coloca retos y mientras más los vas logrando, más se van haciendo reales, ya no era primaria, ni bachillerato, ya venía la universidad. ¡Oh Dios mío! ¡Más gastos, más!

Se asume el reto. En mi corazón estaba seguir con la docencia. Decidí entonces estudiar Lenguas Modernas. Durante la carrera siguieron los bollos, las alegrías, las cocadas, los enyucados, los dulces que sin pena les ofrecía a mis nuevos compañeros, profesores y hasta los vendedores de la puerta de la universidad: La Corporación Universitaria de la Costa - C.U.C, en donde conseguía encargos, ayudas; no faltaban mis visitas en casa de varios de mis compañeros, quienes se recreaban en medio de un plato de arroz con coco y postres, y con los dulces que les servía para ganar publicidad.

Los semestres eran caros, la punchera no daba abasto, pero con la ayuda de su esposo, quien a través

de préstamos y votos también se sumó a la obra.

Llegado el séptimo semestre de nueve que habría de asumir, me enamoré, empecé a comprender qué era eso de mariposas en el estómago. Entré en la dinámica del enamoramiento sin descuidar mis estudios —por supuesto—.

A los pocos meses mi Orly, del que les hablaré en una próxima obra, quien en este mundo tampoco figura ya, pero que cada día lo tengo presente en mi alma, vida y corazón, se atrevió a ir a mi casa para hablar con ella y su pareja. Me sorprendí tanto porque ella, quien toda la vida yo había visto que le tenía una respuesta y una solución a todo, estuvo allí en ese momento callada, quieta, tenue y no pronunció palabra alguna. Su pareja por su parte, ya conocía a Orly; yo no lo sabía, así que no fue difícil que él entrara a hacer parte de mi vida.

El sentimiento hacia mi Orly creció, ya no era suficiente con las visitas o paseos, ya pretendía estar con él todo el tiempo; así que para el noveno semestre decidimos casarnos. Al comunicárselo a ella, esta vez, la sentí más fría, lució más callada y no pronunció palabra alguna... Me hubiese gustado tanto escucharla decir: "sí, cástate", o en su defecto "no, no lo hagas", pero no dijo nada.

Para la boda me ayudó en todo: hizo manjares, limpió y acomodó la casa; mas no fue a la ceremonia, solo su compañero, quien me llevó de brazos y me entregó a mi esposo. Recuerdo que tenía sentimientos encontrados. Por un lado, alegría, porque había hallado al hombre de mi vida; y por la otra, tristeza, porque por primera vez en mi vida iba a estar lejos de ella.

Tuve dos hijos, a los cuales amó hasta sus últimos días, (el tercero no alcanzó a conocerlo). Aún me parece escuchar su voz en medio de una gran sonrisa reflejada en su rostro, cuando en cada fin de semana, cumpleaños y cualquier fiesta especial, llegábamos allá desde tempranito y nos decía:

— “Ane a reja ñora numa, ane a mini pa aka. (Ya, dejaron a la señora sola y se vinieron para acá”).

Era hermoso ver reflejada esa ternura, compartida ahora con mis hijos, y entregarse toda a ellos como lo hacía conmigo; en toda ella se sentía ese amor sin medida.

Fueron siete años en donde ellos, aún hoy entre sus lágrimas y opacos recuerdos, desearían que estuviera presente. Pero no, no es así y toca aceptarlo, se debe aceptar la separación; como ella misma lo decía en las ocasiones en que perdió a sus seres queridos y sólo quedó con un primo y sus hijos:

— Ten jende pa kela ri simia i kelá andi to tiempo. (Nadie nació para echar raíces y quedarse en ellas).

Frase que sentía muy lejana de mí, porque créanme que, aunque sé que algún día tenemos que partir, jamás, jamás pensé, ni siquiera un día imaginé que llegaría el día en que le tocaría a ella. No sé si será cierto el hecho de que cuando a un ser querido le ocurre algo, los que sean más allegados a este pueden presentirlo, no sé... pero con ella fue así.

Me duele recordarlo hoy quince años después, no obstante, te aseguro que lo hago -no con la intención de hacerte llorar-, sino para que nos demos

cuenta que, aunque tus seres se vayan a la eternidad con Dios, su huella permanece imborrable, y que basta con cerrar los ojos para verlos reflejados en tu mente, mientras te susurran al oído esas palabras que día tras día te pronunciaban.

Ella nunca había estado hospitalizada, pero sí tenía que acogerse a unas pastillas para el control de su presión y una dieta estricta. De las pastillas sí te digo que cumplió, pero de la dieta siempre decía: — Sí i tan lunga, i tan ase-lo jakto. (Si voy a morir muero, pero harta)

Qué idea tan errada, pero jamás la cambió. Fue así como una noche sin saber por qué yo sentía una agonía en mi corazón, no podía estar tranquila ni podía dormir. De pronto escuché cuando tocaron a la puerta del apartamento en donde vivíamos de arrendo, y me dijeron que ella había venido de vender con un dolor grande en su pecho y se la habían llevado de urgencias. Inmediatamente salí al hospital, llegué llorando a preguntar por ella y solo me calmé cuando su esposo me dijo que estaba viva y ya estaba siendo atendida.

Esa noche me quedé sentada en el bordillo de aquel lugar, haciendo un rosario que ni siquiera alcancé a terminar porque me entretuve hablando con toda la gente que no sé ni cómo llegaron hasta allá.

A la mañana siguiente, con el pretexto de llevarle unas sábanas, el portero del hospital me dejó entrar. Mi impresión fue tan grande al verla, tan distinta de lo que era, pues de esa mujer fuerte, gorda, pelo oscuro y rizado, nariz chata, ancha y labios gruesos ya no quedaba nada. La vi lánguida, su piel negra ahora era amarilla, sus labios se torna-

ron resecos, y en mi mente, lo recuerdo aún hoy, se formó esta frase:” mi mamá parece una muerta”.

Recuerdo que las enfermeras me dijeron que no podía estar allí y ella sin dudarlo dos veces me defendió diciendo:

— Dejen que mi gordona pase.

Me miró con sus ojos tan tiernos y me preguntó que porqué había ido a verla tan temprano. Yo me sonreí y le dije que estaba afuera de ahí desde anoche. Le dejé la sábana y salí. Desde ese día hubo una zozobra en mi corazón, a nadie le conté cómo la vi, ni lo que pensé.

El miércoles ya le daban de alta, supuestamente ya estaba bien, fui por ella y la llevé a la casa. Se acostó y en horas de la tarde entré a su habitación porque debía irme a trabajar, pues ya siendo toda una maestra contratada por el distrito no podía faltar a clase, y ya habían pasado los tres días de permiso. Pasé a despedirme con la ilusión de volver a verla el fin de semana. Verla allí acostada, quieta, tan delicada me dolía tanto, que la verdad, no me quería ir. ¡Dios mío!, aunque yo no le mencioné palabra alguna, ella supo perfectamente interpretar mi silencio y me dijo:

— Anda kamino si kieta mona ke i a ta kaiko. (Vete tranquila hija, ya yo estoy bien).

No sé por qué le creí, no lo sé, no sé por qué nunca me imaginé que esas serían las últimas palabras que cruzaría con ella. Recuerdo que le dije:

— Bueno, yo me voy, amá, pero el fin de semana vengo con los pelaos.

La mamá de su esposo, como vieja de experiencia, sí sabía lo que venía. Mi abuela siempre fue un pilar de gran importancia para resolver los problemas en la casa, pero ese día no le prestamos atención; ni mi papá, ni mis hermanos, ni yo atendimos a lo que ella nos dijo: "Enú a kree ke Tomasa a tambié Nu engaña un" (¿Ustedes creen que Tomasa está bien? Engañense)

Lastimosamente era cierto, ella no estaba bien, ese mismo día nuevamente fue llevada a la clínica, otro infarto, nueva salida, el jueves otro infarto, el viernes otro. Lo más triste fue que ni siquiera me enteré porque ella les había pedido a mi papá y a mis hermanas que no nos dijeran nada, ni a mí ni a mi hermano, quien era el único hombre de sus cinco hijos a quien por cariño le decía "mi cajonero". Y yo, su gordona, que no dejé de llamar para saber cómo estaba, solo recibía respuestas falsas, pero que para mí eran esperanzadoras. ¡Qué dolor tan grande! ¿Por qué no me lo dijeron?

Desde el miércoles hasta el viernes en la noche le dieron tres infartos más, de los cuales, con el del sábado pasado ya sumaban cuatro. No obstante, así los médicos la mandaban a casa.

El sábado en la madrugada volvió -según me contaron mis hermanas- a ponerse peor. Nuevamente desde mi sencillo hogar, ignorante de lo que pasaba, la recordé, pues no podía dormir. En mi mente estaba ella. Me puse orar dándole gracias a Dios por haber permitido que pudiera llegar al hospital, porque ya los médicos la atendían. Qué ignorancia, y desde ese día aprendí que lo primero que se debe hacer es abandonarse en Dios y no en los hombres.

Fue así como decidí levantarme a hacer ofi-

cio, lavar la ropa, sin saber que a ella se le agotaba la vida. No sé si creas o no lo que me pasó, pero créeme que no tengo motivos para mentirte ni razones para inventarlo, pero allí donde me encontraba lavando, llegó el alma de ella.

En ese momento mientras oraba por su salud, aún sin saber la noticia de su partida, escuché una voz que me decía:

— Ya, ya, confórmate y cuídame a los pelaos.

Yo estaba como en un estado de hipnotismo, no sabía quién me hablaba, ni el significado de eso. Dejé de lavar y me fui al cuarto, decidida a cambiarme para irme a la casa de mi mamá. Al abrir mi escaparate, quise coger una blusa roja, y nuevamente la voz me habló diciéndome:

— ¡No, esa, no!

Cambié entonces la blusa roja por un conjunto de pantalón y camisa negra. De repente se escuchó un ruido en la puerta, tocaban insistentemente, era la señora Escilda, mi suegra, la que venía de mensajera. Me pidió que llamara a un vecino que vivía cerca de donde mis hermanas para que preguntara por mi mamá, yo lo hice sin objeción alguna en mi estado de hipnotismo. Él me dijo que le había pasado algo porque la casa estaba llena, pero no sabía qué. Cuando le di esta respuesta a mi suegra ella se me abalanzó encima, me abrazó fuertemente y me dio la peor noticia de mi vida:

— Tú mamá se murió.

Solo a partir de allí reaccioné: ¡Nooooo! ¡Nooooo! ¡Ella no! ¿Por qué?

Fue entonces cuando comprendí el por qué la voz me pedía vestirme de negro, ya que era el llamado al luto ante su pérdida. Entendí que la casa llena con toda la gente eran las muestras de los lazos de amistad que demuestran siempre los de la comunidad afro ante estas circunstancias.

A partir de ese momento ya la voz que antes me hablaba se había convertido en un llanto que llegaba fuertemente a mis oídos y me decía: "¡Ay mi mae, ay mi mae!"

Eran cerca de las 6:30 de la mañana, salí lo más pronto que pude al hospital donde me avisaron que la tenían. Al llegar allá hallé su cuerpo tendido en una camilla, sin movimiento alguno, le acaricié su angelical rostro, grité, lloré, y solo recuerdo que me agarraron cuando vi que unos hombres la envolvían en una bolsa para llevársela a la funeraria.

¡Qué dolor tan grande! ¡Qué pérdida tan grande! Fue lo que pensé en medio de un gran nudo en la garganta y un fuerte dolor en mi pecho que partía todo mi ser. Después no supe más de mí. Cuando volví a reaccionar estaba en la casa de mi vieja, rodeada de un sin número de personas que lloraban y nos consolaban. Horas después llegó el ataúd. Se monta el velorio, las Palenqueras hacían los rituales mortuorios; todas vestidas de negro. Era un luto colectivo. Había llanto, danzas, y seguramente aquellos que desconocen esta cultura dirían: "¡Pero qué alegre están! No, no es alegría, los palenqueros no nos alegramos ante la muerte, al contrario, ese llanto, canto y ritos son maneras de despedir el alma. Las oraciones y las plegarias con las que se les da el último adiós a ese ser querido

que parte de este mundo, son el dolor y la ausencia de una partida, en este caso, la de mi madre querida.

Fue la primera vez que sentí tan cerca un Lumbalú: nueve noches honrando el alma de mi vieja. No sé cómo saqué fuerzas para abrir la parte superior del ataúd cuando llegó, pero lo hice. Fue en ese instante cuando la vi vestida de blanco, con uno de los vestidos cuyas telas había pedido que se le comprara para diseñarse una moda única y ponérselo en las fiestas de junio de su pueblo natal. Me contó en ese entonces que no se las perdería porque habría corraleja, fandango, eventos musicales, actos culturales, cantos, danzas. Me dijo con una cara sonriente y deseosa cómo aspiraba a comer y disfrutar de todas las comidas, de los bailes, mirar los peinados... Era tanta su emoción, pero lastimosamente, en este junio la muerte no se lo permitió.

Miré el ataúd. Lo más triste de ese momento fue fijarme en su rostro, el cual inmediatamente llevó mi mente al sábado, cuando entré a llevarle la sábana; es decir, que en escasos ocho días se acabó mi madre, en ocho días dejó de existir mi vieja. ¡Quién lo creyera! No está, entiéndelo y acéptalo, ya no está.

Después del velorio ir a la casa era tan doloroso, y cuando al fin me atreví. Llegué y sentí ese vacío tan grande. Ya no estaba el fogón de leña en el patio de la casa, ya no había bollos de mazorca, queso, ni de angelito en la nevera; nunca más volví a recibir una cocada o el dulce de guandú hecho por ella.

Entré a su cuarto, tomé el delantal del que sacaba las moneditas para contar los \$1000 pesos que me daba y lo abracé en mi pecho. Me levanté entonces, y decidí asumir la vida sin ella, sin ese ser tan

especial para mí, que incluso después de fallecida optaba por aparecerse en mis sueños, acompañándome; sueños en los que siempre despertaba una vez yo le decía con gran pena en mi alma que se fuera, puesto que ya no hacía parte de este mundo.

Un día, sin aun distinguir si estaba dormida o en vigilia, le pedí a Dios que me mostrara el lugar donde estaba y cómo se encontraba. Fue así como la vi de pie en un espacio de luz, vestida de blanco, con un tono de piel oscuro, su nariz ancha, con cabellos engajados, gorda como siempre fue y con sus labios gruesos, pero esta vez no estaban resecos, sino con una hermosa sonrisa, y cuyo rostro radiante me decía "Estoy feliz".

Cómo me duele contarles todo esto, pero creo que contentarme con decírselo solo a mis hijos no es suficiente, porque sé que, en muchos hogares de familia afro, tienen a esa mujer allí luchando por ustedes, ámenla, valórenla.

Hoy día, quince años después, tengo 43 años, continúo estudiando.

Cierro mis ojos por un momento y analizo cómo pasé de ser la seño del barrio a Maestra Bachiller, después a licenciada en Lenguas Modernas con nombramiento como docente Afrocolombiana. Ahora los abro y soy una Magister en Educación que desarrolla actividades pedagógicas conducentes al análisis de la historia y vivencia de las prácticas culturales del pueblo afrocolombiano, como lo pide la cátedra.

Si ella me viera...

Silvia Rosa Mena Urrutia
Cali, Valle del Cauca



Silvia Rosa Mena Urrutia. Nació en Cali un 4 de abril, hija de padres Chocoanos; es licenciada en Educación Artística de la Universidad Católica Lumen Gentium, Magister en Educación ,Especialista en el Arte en los Procesos de Aprendizaje , estudios académicos en Teatro y Artes Plásticas del Instituto Popular de Cultura, Educadora de Preescolar con énfasis en Recreación de la Universidad Obrera; Tecnóloga en Formulación de Proyectos, Técnica en construcción y montaje escenográfico del Sena, Diplomada experta en Etnoeducación y Cátedra de Estudios Afrocolombianos con estudios de Inglés del Centro cultural Colombo Americano de Cali. Ha sido maestra de teatro y juego escénico; se ha desempeñado como actriz de reparto en diferentes grupos importantes de teatro de la ciudad de Cali y ha participado en diferentes producciones de cine y Tv; escribe desde muy niña entre ellos experiencias de su vida, poemas, cuentos, ensayos, pequeños monólogos, adaptaciones literarias, y obras de teatro cortas guardados algunos manera reservada describe en algunos de ellos acerca de la vida, su raíz, la sensualidad, el amor, la familia su piel y algo más. Actualmente se desempeña como docente Artes Plásticas de aula en la Secretaria de Educación en la ciudad de Cali en la Institución Jesús Villa-fañe franco del Distrito de Aguablanca de Cali;

Juana se siente libre

Juana se siente libre, aun no entiendo cómo pudo pasar tantos años así...Ahora entiende que sólo era tomar la decisión sin miedo exponiendo sus derechos.

Ella fue una niña con muchas ganas de aprender de todo, pero siempre se sentía frustrada, pensaba que era imposible. Pese a no tener el obstáculo de la pena no se atrevía a más; los continuos señalamientos y burlas familiares la sumieron en una terrible depresión.

Pero ha logrado entender que ella al igual que los suyos vienen cargando una historia que se resume en una sola frase "Ausencia de Amor" Sí, lo descubrió una noche cuando alguien le repitió muchas veces mientras dormía "Te falta amor"

Al despertar, no entendió el mensaje. Durante muchos días siguió escuchando la voz que le murmuraba al oído la frase que la hacía sentir culpable, acorralada, pero poco a poco fue entendiendo ese amor del que me habla la extraña voz, y es eso que viene acompañado de la escucha. No siempre tengo la razón, pero puedo exponer mis puntos de vista con amor, puedo mediar con amor y lo más importante, es que lo que otros opinan también lo hacen con una carga de amor que se recibe con desamor cuando no es de mi agrado.

Y todo esto lo entendió precisamente un día al verse en medio de una situación de acoso y extorsión virtual.

Cuando trabajaba con chicos de una comunidad

llegó la pandemia, los encuentros presenciales ya no eran posibles, por lo tanto, debían verse desde la virtualidad mediante un grupo de WhatsApp.

Todo iba muy bien, pues se sentía la compañía de cada uno, y el proceso continuaba pese a las incomodidades que ello representaba.

Una tarde recibe una video llamada en la que una de las niñas habla, pero no muestra su rostro. Decía hacer parte del grupo, y le pedía dinero de una manera incisiva para recargar su celular o si no la hacía quedar mal con las directivas. El acoso llegó a tal punto, que hizo varios grupos donde la agregaba y Juana no podía salirse. Las llamadas eran desde muy temprano hasta altas horas de la noche.

Juana no tuvo miedo. A veces les hablaba con paciencia, otras los regañaba, pero era inútil. Entonces buscó ayuda en sus superiores, quienes le sugirieron reportarlos en una página de la Fiscalía. Nunca vio sus rostros, pero le hablaron de la ilegalidad en las redes como delito cibernético, pero esto parecía no importarles...

A la siguiente mañana, Juana recibe muy temprano la llamada de la líder, y consciente de la voz que escuchó en sus sueños, y con la dulzura que la caracteriza, le dijo:

— Juana. Ha sido muy dura tu vida, ¿no? Ese rechazo de tus padres te ha hecho mucho daño.

—Mujer ¿Cuál rechazo? Ja,ja,ja esta señora está loca.

— Juana: sí, es por eso que buscas y llamas la atención para hacer cosas malas e involucrar a otros.

— Mujer. No. ¿Qué le pasa? Mi mamá y mi papá me quieren mucho, ¿oyó?

— Juana. Eso es falso. Pero no te preocupes, yo te puedo escuchar.

Mujer: (Risas)

Juana: (Háblame)

Mujer: (Entra en un llanto incontrolable)

Juana se queda callada mientras la joven —con un inmenso dolor que sale de su ingenua voz— relata su terrible historia.

— Mujer: sí, es verdad, mis padres nunca me han querido, soy para ellos como un mueble más, siempre me maldicen, hablan de mis desaciertos, (para ellos soy bruta), pero hablan de los triunfos de otros comparados con mis errores. Pero...yo deseo estudiar, deseo ser alguien en la vida, y ellos se burlan, me pegan, dicen que los negros como yo no vamos a llegar a hacer cosas de provecho, que siga los ejemplos de mis amigas, mis tías y primas que han trabajado en casas y tiene sus cosas; que por eso es que ningún hombre me mira, pero eso es mentira, no tienen nada, no las veo como mi ejemplo a seguir. Sin embargo, a veces siento que no he hecho nada importante en mi vida, y que soy una buena para nada. Ellos quieren que trabaje en una casa, pero yo sé que puedo hacer otras cosas; no quiero trabajar en una casa de familia, yo quiero ser profesional, quiero trabajar con mi comunidad y enseñarles a las mujeres que no se dejen maltratar de nadie, que un hombre no nos puede dominar. Veá, mis amigas son muy niñas y ya tienen

marido y con dos o tres hijos, y están pasando trabajo.

Hay un silencio...mientras la joven llora incontroladamente...

Juana se siente identificada en algunos momentos con episodio de sus vidas y de otras mujeres negras cercanas que también han sufrido este tipo de tratamientos y rompe el silencio.

— Juana. Entonces tienes un reto: Enfrentar eso que te hace agresiva. Tú sí eres una líder innata. Trabaja por ti y para ti; no escuches a nadie. Lucha por tus metas.

Juana les da orientaciones conforme a sus habilidades y descubre en esa niña ingenua y agresiva un potencial musical inimaginable dejándola desconcertada.

— Juana. ¿Dónde aprendiste a cantar así?

— Mujer: mi abuela me enseñó, pero ella falleció.

Inmediatamente, Juana habla con conocidos enviando un audio con la maravillosa voz de la joven. Alguien la escuchó y quiso verla en persona, la pusieron a cantar diferentes temas dejando atónitos a quienes la escucharon.

Hoy esa joven agresiva está cumpliendo sus sueños pese a los maltratos familiares. El sueño de Juana se hizo realidad, la usencia de amor descontrola hace perder la conciencia, nos hace vulnerables, la racionalidad se esconde, la agresividad es más fuerte, los nuestros no controlan sus impulsos.

El amor no es maltrato, la solidaridad familiar es indispensable.

Por eso Juana se siente libre, cree que cumplió porque rescató una vida, posiblemente este no será su camino, pero sabe que por un sueño pudo cambiar una vida.

¿Por qué se vio reflejada en esa niña? Hoy no teme a nada ni a nadie, toma decisiones sin esperar opiniones de familiares, y siente abrir y cerrar.

Sobeida Delgado Mina
Buenaventura, Valle del Cauca



Sobeida Delgado Mina. Nació el 28 de enero de 1978 en Buenaventura, Valle del Cauca, Colombia. Poeta y Escritora. Hija de Silvio Delgado Angulo y María Eliberta Mina Garcés. Docente Etnoeducadora de la Ciudadela Institución Etnoeducativa Bilingüe San Antonio. Licenciada en Español y Literatura, Universidad del Quindío.

Hace parte de las siguientes antologías publicadas a nivel nacional e internacional:

- Antología Urdimbres "Las mujeres del Pacífico narran su territorio", Colombia (2021).
- Antología Voces poéticas latinoamericanas, Red @ Némesis de Arte y Poesía, México (2021).
- Antología voces del alma, Red @ Némesis de Arte y Poesía, México (2021).
- Antología Poetisas Contemporáneas "Poetisas Internacionales en un canto al amor", Creaciones Drugot, Ediciones Aper, Argentina (2021).
- Antología Poetas Contemporáneas VI "Poetisas Internacionales en un canto al amor", Creaciones Drugot, Ediciones Aper, Argentina (2021).
- Antología Revista Agenda Mujer Colombia (2020).
- Antología de mujeres poetas Afrocolombianas (2010).
- Antología Negra somos, Colombia (2008). Susurros de Pasión: "Poesía erótica", Valle del Cauca (2000).

Libros inéditos: "Porque amores que matan nunca mueren" (Poema lírico - erótico). Las puertas del olvido (Poema - patriótico). De_ presión (Novela).

Cadáveres en los esteros

En medio de atardeceres y manglares, se empezaron a sentir las suaves brisas del mar un poco agrestes, pues traían un olor a funeral que se esparcía por toda la ciudad, donde se confunde la belleza con lo eterno, lo efímero con lo inacabable, lo sagrado con lo satánico. El color verde azulado del mar empezó a lucir un traje que solo se ponía en estas épocas, cuando los chicos malos caminan con sus botas negras entre los manglares y esteros, adornando sus hombros con un fusil que muchas veces pesa más que quienes lo portan con sus caras maléficas sembrando el terror que se clavaba en las miradas inocentes de los niños.

El cielo comenzó a oscurecerse, la marea ya estaba subiendo y ahogaba los horcones de la casa de Bienvenido Benavidez, un hombre con buen sentido del humor, amable y descomplicado, con pinta de cocacolo, trabajador y dedicado a su hogar. Se llevaba bien con la gente, y dicen sus familiares que nunca tuvo problemas con nadie. Salió de su casa palafítica rumbo a la Sociedad Portuaria, más conocida como El muelle. Mientras caminaba disfrutaba ver a los niños en la calle jugando yeimi, otros, pepo y cuarta o cinco-hoyitos, y como de costumbre en su recorrido hacia el trabajo, saludaba a los hombres adultos que jugaban cartas o dominó en las esquinas.

Ya era de noche, y a él le tocaba hacer turno en el muelle. Bienvenido prometió a su familia llegar en la mañana siguiente con el pan del desayuno para sus tres hijos y Jessica Chocho Popov, su mujer.

Bienvenido se despidió. Lo que no sabían sus familiares, es que el beso de despedida que les dio a su mujer y a sus tres hijos, tal vez era el último que posaría en su rostro. Sus hijos eran su mayor orgullo y razón para seguir derribando el muro de pobreza que amordazaba a su familia, como sucede en la gran mayoría de los hogares insulares de Buenaventura.

Bienvenido nunca llegó a su trabajo. Alguien turbó su camino. Pasaron doce horas desde su partida, y aún Bienvenido no llegaba a casa. Se dieron las nueve de la mañana del día siguiente, y empezó la preocupación entre la familia de Bienvenido Benavidez. ¡Nadie lo había visto! Y de él dependía el desayuno de sus tres hijos y su esposa, Jessica Chocho Popov.

Al ver que los días pasaban y los tiempos no cambiaban, la preocupación aumentaba en Jessica. La desgracia de cada mes, era tener que pelarle la cara al paisa, el tendero de la esquina, y al que en momentos apretados le tocaba fiarle la remesa hasta que Bienvenido Benavidez se rebuscara y encontrara cómo pagársela mientras volvían a llamarlo del muelle. Se dieron las once de la mañana del tercer día y aún Bienvenido no llegaba. Entró la preocupación a la familia, como cuando la mariposa negra entra a la sala de una casa a hacer una funesta visita inesperada.

Al ver las horas que ya habían pasado, la preocupación aumentó en el corazón de Jessica, su esposa, una mujer encantadora, picada a loca, alegre, echada pa lante como todos los bonaverenses suelen ser, con una alegría inusual y de fortaleza titánica ante las inclemencias y desafíos de la vida.

Su frecuencia cardíaca aumentaba de preocupa-

ción por la ausencia de Bienvenido. Su piel era tan maciza y brillante como el mangle, fuerte como el chachajo, alta como el pino y un no sé qué de distinción que la caracterizaba y la hacía enigmática. Era como un roble, la mejor madera del Pacífico colombiano. Todo era tan natural y perfecto en ella.

Así era Jessica Chocho Popov. A ella nada le quedaba grande. Era muy trabajadora y aguerrida, siempre salía temprano a pianguar en los esteros o manglares, junto con las mujeres que se iban a minear a las bocanas para ayudar con la economía en su casa. Era todo un dechado de virtudes que enloquecía a los hombres.

Jessica tenía desencajado por completo el rostro, se sentía inquieta y desesperada, como cuando uno mismo presiente su muerte. Mantenía todo el tiempo absorta, meditabunda, preocupada porque Bienvenido Benavidez aún no llegaba. Su alegría se había marchitado, su rostro palidecía. Solo había aguapanela para darle a sus hijos. Sin embargo, los presagios danzaban inquietantes en su mente. Su preocupación fue mayor. Cuando se dieron las tres de la tarde.

De repente, Jessica decide hacer una llamada telefónica a su suegra Matilda Bonachera, con la que se llevaba muy bien desde siempre. Matilda era una mujer un poco extrovertida, de contextura gruesa y fuerte.

Rin, rin, rin. Sonó el teléfono de su suegra. Matilda Bonachera contesta inmediatamente.

— ¿Aló? Quién habla.

— Yo, Jessica.

— Doña Matilda, la llamo para preguntarle si su hijo ha ido o está en su casa. Ya son las tres de la tarde y él no ha regresado desde ayer que se fue para el muelle, y tengo una corazonada que me tiene demasiado inquieta— dijo angustiada.

—Los tiempos están muy difíciles, y esto acá en el Lleras está muy caliente.

Matilda, un poco jocosa le responde

— ¿No será que se quedó donde tu contraria? A las comblezas hay que ponerlas a raya.

Jessica, un tanto molesta, le contesta a su suegra.

— Ahora no estoy para bromas. La verdad, estoy muy preocupada con esta inseguridad tan terrible. Recuerde que andan matando, picando, violando y desapareciendo a la gente sin ton ni son, como sucedió con el hijo de Briseida, un muchacho bueno.

— Quiero que responda a mi pregunta: ¿Está sí o no en su casa?

— No— Respondió Matilda. — ¿Por qué? ¿Pasó algo?

— No. Sólo es que Bienvenido aún no ha llegado. Terminaba turno a las siete de la mañana, ha pasado mucho tiempo, pero nadie lo ha visto. Si arri-ma a su casa dígame que lo estoy esperando— dijo Jessica a su suegra con un tono un poco agres-te, lleno de incertidumbre y preocupaciones.

Empezó a oscurecerse, y Bienvenido no se aso-maba por ninguna parte. Se sentía un silencio se-

pulcral en ese hogar. No era para menos, estaban en tiempos difíciles, en donde la ola de violencia cada día era más fuerte por disputarse el territorio.

Jessica miraba el reloj que estaba colgado en la pared; junto a él, una fotografía del servicio militar que había prestado Bienvenido. Muy sutilmente se escuchaba el tic tac del reloj que aligeraba la preocupación en la mujer.

Eran días de mucha tensión. Los medios de comunicación no tenían otro tema de interés distinto al del del terrorismo que se había aposentado en Buenaventura, en donde diferentes grupos al margen de la ley tenían el control de los barrios, sobre todo los de la parte insular de Buenaventura, en donde sembraron el miedo y el desplazamiento forzoso. ¡Era la ley del más fuerte!

Jessica denunció la desaparición de su esposo. Meses después publicaron en las emisoras de la radio que, en el estero de San Antonio, enredado en los manglares, habían encontrado flotando en el mar la cabeza de un ser humano. Lo habían desmembrado, pero nunca encontraron el resto de su cuerpo. Al escuchar la noticia, Jessica fue a medicina legal a reconocer el cadáver, pero no pudo saber con claridad si se trataba de su esposo, porque su cara ya estaba desdibujada por la descomposición y los mordiscos de las especies marinas, sin embargo, algo le decía en su interior que esa cabeza no era la de su marido.

Dos días después, en el barrio de La Inmaculada, unos niños que bañaban en la playa, encontraron un costal flotando y enredado en los manglares. Según las autoridades, el occiso era un hombre completamente descuartizado. Mientras tanto, en ese mismo

día, los habitantes del barrio Sanyú, vieron flotando en el mar un cuerpo sin vida con señales de tortura, y con un algunas jaibas y cangrejos pegados a su cuerpo. En Las Piedras Cantan, en una fosa común, un grupo de policías habían encontrado cercenado a una persona, no se sabía si se trataba de un hombre o de una mujer por el grado de descomposición, lo único claro, es que solo se encontró parte de su cuerpo: un brazo partido en tres, una pierna esposada y un par de nalgas al descubierto. Las autoridades hicieron el levantamiento de estos tres cuerpos y posteriormente llamaron a Jessica Chochopop para que fuera a reconocer los nuevos cadáveres encontrados. Todos pensaban que uno de los occisos podría ser su marido desaparecido.

Por el estado de descomposición y de cercenamiento, Jessica no pudo reconocer si la cabeza flotante, el par de nalgas, el ahogado, o el hombre descuartizado se trataban realmente de Bienvenido Benavidez.

